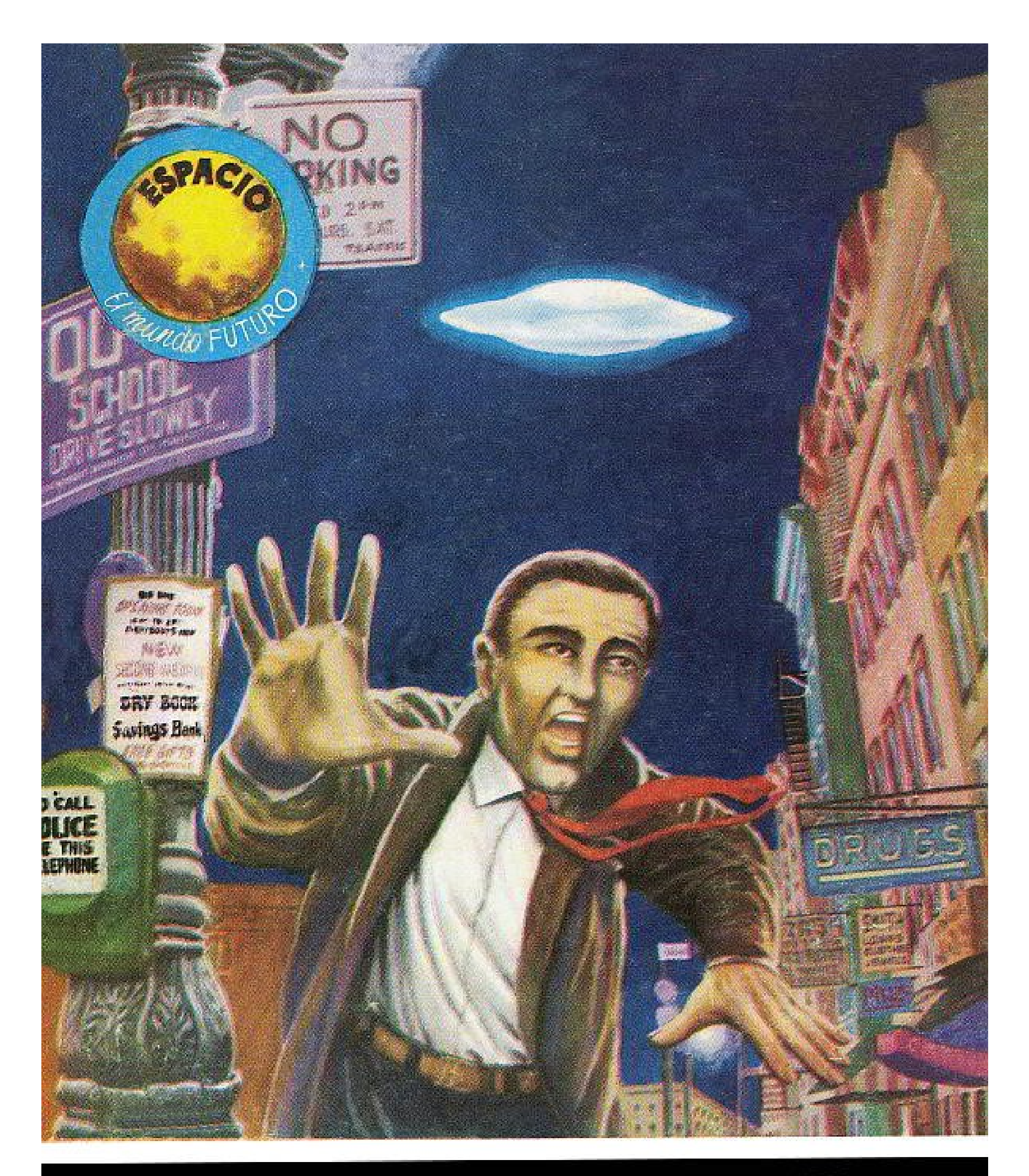


AMENAZA TOTAL

CLARK CARRADOS

La Odisea cuenta que Ulises, al pasar frente a la isla de las Sirenas, se hizo amarrar a su barco, después de haber tapado con cera los oídos de todos sus compañeros de aventuras, para poder escuchar los cánticos de las sirenas, sin temor a lanzarse al agua en su busca y perecer, como les había ocurrido a infinidad de navegantes. A mi compañero Jim Stone debieran haberle tapado, además de los oídos, los ojos, así no se habría vuelto tan loco como una cabra.

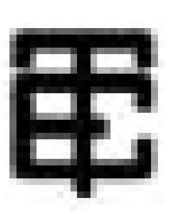
Stone era observador espacial en Io, el primer satélite de Júpiter. No había muchos tipos pertenecientes a la profesión ya que ésta era dura, incómoda y terriblemente solitaria. Si ustedes han oído hablar de los guardas forestales que se pasan meses y meses en lo alto de una torreta, vigilando constantemente los bosques que tienen a su alrededor, podrán comprender, aunque en escala infinitamente más pequeña, cuáles son las tribulaciones que pueden afligir a un vigilante espacial.



Clark Carrados

Amenaza total

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 311



ePub r1.1
LDS 21.12.18

Título original: *Amenaza total*
Clark Carrados, 1963
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



AMENAZA TOTAL



CAPÍTULO PRIMERO



a Odisea cuenta que Ulises, al pasar frente a la isla de las Sirenas, se hizo amarrar a su barco, después de haber tapado con cera los oídos de todos sus compañeros de aventuras, para poder escuchar los cánticos de las sirenas, sin temor a lanzarse al agua en su busca y perecer, como les había ocurrido a infinidad de navegantes. A mi compañero Jim Stone debieran haberle tapado, además de los oídos, los ojos, así no se habría vuelto tan loco como una cabra.

Stone era observador espacial en lo, el primer satélite de Júpiter. No había muchos tipos pertenecientes a la profesión ya que ésta era dura, incómoda y terriblemente solitaria. Si ustedes han oído hablar de los guardas forestales que se pasan meses y meses en lo alto de una torreta, vigilando constantemente los bosques que tienen a su alrededor, podrán comprender, aunque en escala infinitamente más pequeña, cuáles son las tribulaciones que pueden afligir a un vigilante espacial.

El período de servicio era un año seguido, después del cual eran relevados para un descanso de tres meses en Marte; luego servían otro año y hacían sus segundos tres meses de vacaciones; repetían el tercer año y entonces se tenía derecho a un período igual de tiempo en la Tierra o en cualquier otro planeta habitado de nuestro sistema que el vigilante eligiese. Después, vuelta a empezar y así sucesivamente.

Algunos habían solucionado el problema de su soledad, casándose y llevando consigo a la esposa. La idea, bien mirada, no era mala, pero arranque de su casa a una chica, llévesela a las heladas soledades de lo y téngala allí un año seguido. Ya se había intentado varias veces. El resultado fue que, después de dos o tres intentos fracasados, los vigilantes espaciales terminaron por no encontrar novia. Y el que la encontraba, debía esperar quince años para casarse, ya que éste era el término mínimo de tiempo que se contrataba. La Administración del Espacio no toleraba bromas al respecto y como, por otra parte, los sueldos, por cierto, nada cicateros, se iban acumulando en una cuenta de la cual uno no podía disponer hasta la finalización del contrato, se corría el riesgo de quedarse sin un céntimo. Y, amigos, valía la pena pasar ese tiempo aperreado en el espacio; uno se retiraba con un saneado capitalito que le permitía vivir en el *dolce far niente* por el resto de sus días.

* * *

La cosa dio comienzo cuando Jim Stone empezó a ver cosas raras y a comunicarlo por la radio.

El primer operador que recogió su mensaje lo anotó primero, lo descifró después y a continuación lo pasó al Centro de Clasificación. Allí fue recogido por un burócrata que, después de leerlo, lo arrugó y lo tiró a la papelera, al mismo tiempo que decía:

—¡Bah! ¡Otro chiflado del espacio que ha visto sirenas!

Porque, amigos, así como los navegantes de la antigüedad oían los seductores cánticos de las sirenas y se lanzaban al agua para verlas, cosa que sólo conseguían en el momento de morir ahogados, ahora, en la era de los vuelos espaciales, sucedía lo mismo pero a la inversa: es decir, corrían leyendas de que los astronautas veían las

sirenas, pero no las oían. Al menos, no quedó uno vivo que pudiera decir cómo hablaban las sirenas del espacio, porque todos murieron. Eran mujeres bellísimas, según se decía, y de tan persuasiva hermosura, que el astronauta que veía una se tiraba inmediatamente como loco a la compuerta de salida. Generalmente, ponía tanta prisa en salir a hablar con la sirena, que se olvidaba del traje de vacío. Ustedes comprenderán fácilmente qué le sucedía al desdichado astronauta. Y muchas veces, también a sus compañeros, porque los había tan brutos que se olvidaban incluso de cerrar las esclusas y el aire del interior de la astronave se escapaba al vacío. No es preciso añadir más para saber que en pocos momentos, aquel aparato se convertía en un ataúd espacial.

El caso es, como digo, que Jim Stone manifestó haber visto una sirena, pero como nadie hizo el menor caso de sus mensajes, acabó por volverse loco. En medio de todo, aún tuvo la suficiente cordura para perder el juicio, valga la paradoja, ya que así continuó vivo. Lo cual quiere decir que no por haber visto las sirenas abandonó sin escafandra la estación observadora, cosa que inevitablemente le habría resultado fatal. De todas formas, ya está bien perder el juicio por una hipotética sirena.

Entonces fue cuando me llamaron a mí, interrumpiendo mi penúltimo período de vacaciones. Y hay que ver de qué forma me lo interrumpieron los muy granujas.

Lo hicieron en el momento oportuno, cuando yo estaba conversando con una sensacional pelirroja de formas voluptuosas, ojos de fuego, labios volcánicos y unas piernas de campeonato. Estábamos sentados en un diván, en el apartamento que yo había alquilado para mis vacaciones, con la habitación a media luz, muy juntitos los dos y efectuando una serie de pruebas de alto valor científico, una de las cuales, la más importante, a mi entender, era comprobar la cantidad de tiempo que un hombre y una mujer pueden tener los labios pegados sin respirar. Lo creerán o no, pero la última prueba de la interrupción duraba ya sesenta y seis segundos perfectamente cronometrados.

Entonces fue cuando llamaron a la puerta. Quise levantarme, pero Daniela, que así se llamaba mi «*partenaire*», me lo impidió, agarrándome por la nuca. En vista de lo cual, volví a besarla.

La llamada se repitió otra vez y otra, hasta el punto de que no

me quedó otro remedio que separarme de la suculenta pelirroja y levantarme para abrir la puerta. Entonces entró como una tromba el secretario del jefe de la Administración, un tal señor Carlino, quien, a pesar de su apellido italiano, era tan serio y comedido como pueda serlo un inglés empleado en la City. En aquella ocasión, sin embargo, el señor Carlino había perdido su impasibilidad y compostura habituales.

—Señor Preston —dijo, terriblemente agitado—, el jefe le llama. Es urgentísimo; debe presentarse a él cuanto antes.

—¿Qué diablos pasa? —mascullé, enojado—. ¿Es que no saben que estoy de vacaciones y que aún me faltan nada menos que tres meses y medio para terminarlas?

—Sí, en efecto, señor Preston —contestó el señor Carlino—. El jefe lo sabe pero, a pesar de todo, urge su presencia en su despacho.

Fruncí el ceño.

—¿Puede saberse lo que ocurre, señor Carlino? Una llamada del jefe en período de vacaciones no es cosa que suceda todos los años. Si he de ir a verle, al menos quiero saber lo que sucede.

El señor Carlino lanzó un profundo suspiro y luego acercó la boca a mi oído. Habló rápidamente durante unos momentos y luego se retiró, muy satisfecho del impacto que me había causado, esperando la respuesta.

—¡Eso es imposible! —barboté—. Jim Stone es uno de los observadores espaciales que tienen los nervios mejor templados. No puedo creer que haya dicho semejantes tonterías.

—Pues así es, señor Preston. Y en estos momentos, atado de pies y manos, está volando hacia la Tierra en una astronave de patrulla de la Policía Espacial.

—¡Sirenas! —resoplé—. ¡No hay sirenas, señor Carlino! A menos —añadí, sonriendo maliciosamente— que… ¡Daniela, ven acá!

La volcánica pelirroja se puso en pie y onduló hacia nosotros. Se situó a mi lado, pasé el brazo en torno a su carnoso talle y ella apoyó su cabeza en mi hombro, ronroneando, feliz y satisfecha como una gata.

—Esto sí que es una sirena, señor Carlino —dije—. Y lo demás, cuentos de locos.

—Es que el señor Stone se ha vuelto loco —contestó el señor Carlino, ligeramente sonrojado al contemplar las calurosas efusiones

de que me hacía objeto la voluptuosa Daniela.

—Me parece que voy comprendiendo lo que se quiere de mí —dije, ceñudo.

—El jefe dice que ninguno ha querido aceptar y que usted es su última esperanza —exclamó el señor Carlino—. En vista de ello, ha solicitado de la Secretaría del Tesoro la concesión de un suplemento especial y, si acepta, se le pagará el año de permanencia en el observatorio al doble de lo normal.

—Bueno —dije, sintiendo que mi resistencia empezaba a flaquear—, eso… eso ya es otra cosa. Si el jefe se pone… en razón…

Daniela empezó a lloriquear.

—¿Y te vas a ir dejándome aquí solita durante un año?

Le acaricié la barbilla.

—Querida —dijo—, tu idea de la soledad estriba en un campo de fútbol bien lleno, hasta el césped. No te preocupes; no te pido que durante mi ausencia vistas las negras tocas de la viudez. Ahora te daré la dirección de un buen amigo mío, atacado de «aburriditis» aguda. Precisamente, el médico le ha recomendado la compañía de una chica guapa como tú y…

¿A qué seguir? Aquella misma noche, embarcaba en un cohete especial, poco menos que de velocidad lumínica, y tres semanas más tarde, ponía el pie en lo, relevando así al tripulante que la nave de patrulla que había recogido a mi amigo Jim Stone dejara como vigilante. El hombre acogió con vítores mi llegada, me abrazó y, si le dejo, me besa, y luego se marchó, entonando alegres cancioncillas, mientras que hacía el ademán de lanzar flores a derecha e izquierda.

Antes de que abandonara la esclusa, tuve tiempo, sin embargo, de formularle una pregunta:

—¡Eh, amigo! ¿Es cierto que hay sirenas por estos lugares?

El tipo se volvió y me miró con gesto ofendido.

—¿Sirenas? ¡Aquí no hay más que piedras, hielo… y ese maldito globo!

Su mano señalaba a Júpiter, situado en aquellos momentos a unos cuatrocientos veinticinco mil kilómetros de distancia.

CAPÍTULO II



llí estaba, Júpiter, un inmenso globo con un diámetro casi de once veces el de la Tierra, es decir, casi ciento cuarenta mil kilómetros, enorme, colosal, abrumador, pero al mismo tiempo constituyendo un fascinador espectáculo difícil de superar, como no fuera por el de los anillos de Saturno. La enorme masa del planeta, de tonos suaves, amarillo, ocre, rosado, verde y hasta azulado en algunas zonas, parecía ir a desplomarse en cualquier momento sobre mi observatorio, aunque harto sabía que, a menos que se trastocasen las leyes de la mecánica celeste, no podía ocurrir tal cosa.

El planeta proporcionaba la iluminación suficiente para poder ver sin necesidad de tener que usar la luz artificial. Con su albedo —capacidad de reflexión de la luminosidad solar de un cuerpo planetario— de 0,44, que le permitía devolver casi la mitad de la luz que recibía, resultaba uno de los astros más interesantes de observar. El Sol, a setecientos ochenta millones de kilómetros de

distancia, parecía un círculo de fuego blanco refulgiendo en la estrellada noche del espacio, mientras más afuera de lo, los demás satélites del planeta continuaban su danza milenaria en torno al mismo.

Por otra parte, el espectáculo cambiaba rapidísimamente. Dado que lo gira en torno a Júpiter en cuarenta y dos horas y media —cifras redondas— es fácil suponer que estar encima de este satélite es como hallarse a bordo de una velocísima embarcación, que recorre la cifra exorbitante de tres millones ciento cuarenta mil kilómetros en poco más de día y medio. Por consiguiente, y dada la ligera inclinación de la órbita de lo, el espectáculo variaba constantemente.

Pero aun para el menos habituado a tales contemplaciones, la visión de Júpiter llega, si no a cansar, si a hacerse familiar. Y yo, además de conocerlo como la palma de mi mano, tenía mucho que hacer.

En primer lugar, debía remediar los desastres originados en el observatorio, primero por la chifladura de Stone y luego por la ineptitud del patrullero que había quedado en su lugar. No es que hubieran destrozado ningún instrumento, pero vaya, aquello estaba que ni con pinzas se podía tocar. Ordenarlo a medias me costó una semana larga de duro trabajo, es decir, poner en funcionamiento los instrumentos principales, después de lo cual, pude establecer el régimen normal de trabajo, con el aditamento de algunas horas extras diarias para terminar de situarlo todo en condiciones normales. Esto me tuvo entretenido las tres semanas restantes.

Después empezaron los once meses que me faltaban para el relevo. Y vino la rutina diaria: revisar los instrumentos, tomar nota de las observaciones grabadas automáticamente, en fin, todo el trabajo de un observatorio espacial, que no tiene nada de divertido, precisamente.

Los programas de «video» de la Tierra llegaban en buenas condiciones, menos cuando, claro está, lo se encontraba al otro lado, oculto por la enorme masa de Júpiter. Esto me servía de distracción, como puede comprenderse.

En cuanto a comida y bebida, el satélite estaba abastecido para mantener durante diez años a una compañía de Fusileros del Espacio. Los alimentos estaban envasados en unas latas especiales,

fácilmente destruibles por incineración y en cuanto al agua, no había problema; la superficie de lo está cubierta casi por completo de hielos eternos. Hay bancos de gases helados en su mayoría, pero un observador medianamente hábil no tiene grandes dificultades para encontrar una zona de agua congelada con la que mantenerse, caso de que las reservas del observatorio llegaran a agotarse algún día.

El observatorio estaba situado en la cima de un risco de elevada altitud, en uno de cuyos lados se había practicado a la dinamita una explanada lo suficientemente amplia para contener una astronave. En torno al risco, se extendía un vasto panorama de negras montañas, grandes llanuras y profundos valles, casi cubiertos por la helada atmósfera del satélite. También era un espectáculo digno de ser contemplado, pero cuando uno se habitúa a él, llega un momento en que ni se le presta atención de ninguna clase.

Así pasó otro mes. Al dar comienzo el tercero, empezaron también mis tribulaciones.

Aquel día estaba contemplando, a través del telescopio, una erupción de gases que se producía en la superficie de Júpiter. Vale la pena ver esos estallidos que envían una masa colosal de gases a cincuenta y aun a cien mil kilómetros de altura, como si fuera el resultado de una superbomba. Era una de las mayores explosiones jupiterinas que había presenciado y aunque los aparatos automáticos la estaban grabando y podía verla de nuevo cuanto quisiera, no hay nada como contemplar las cosas al natural. Era una masa de gases semilíquidos de más de cuarenta millones de kilómetros cuadrados, que hervía y burbujeaba con espasmódicas convulsiones, provocando nubes que aparecían y desaparecían con lentos movimientos y con todos los colores de un arco iris, como si un mago invisible removiese con un palo el caldero donde hirvieran los jugos de sus infernales combinaciones.

De pronto, un objeto entró en mi campo visual, a la izquierda de la nube multicolor provocada por la erupción. La rapidez de su desplazamiento en el espacio me indicó que sólo podía tratarse de una astronave.

No era difícil ver un aparato de patrulla por las inmediaciones del satélite. Ahora bien, lo extraño era que los detectores no hubieran captado su presencia.

Se han dado algunos casos de piratería en el espacio, pero no tantos como parecen creer las gentes sencillas y los escritores de novelas de aventuras. No obstante, esos piratas del espacio han usado siempre naves corrientes y molientes; quiero decir que son aparatos que indefectiblemente resultan señalados al volar a la distancia mínima de alcance de un detector.

En tal caso, hallándose aquel artefacto a unos doscientos cincuenta mil kilómetros de distancia, los timbres de los radares deberían de haber sonado.

Y, sin embargo, permanecieron mudos.

Cuando una astronave de patrulla entra en el campo detector de la estación, además de sonar los timbres, su número de identificación se refleja en una pantalla especial. Miré hacia la pantalla; permanecía apagada.

En vista de ello, volví a observar la nave. Perdón, quise decir que intenté observarla, pero ya no la pude ver.

Aquello me extrañó sobremanera. Sí, ya sé que hay procedimientos antidetectores que impiden funcionar los radares, pero no me parecía lógico ni natural que por las inmediaciones hubiese naves empleando tales artefactos.

Afortunadamente, el telescopio estaba conectado al grabador automático de imagen y sonido, con lo que nadie podría achacarme que había visto visiones. Y como estaba seguro tanto de mi magnífica vista como de la incolumidad de mis sentidos, me fui hacia la estación de radio, en donde grabé un mensaje a la Jefatura Zonal Astropatrullas, situada en el asteroide Ceres, en aquellos momentos a unos trescientos cincuenta millones de kilómetros de distancia.

Dado que las transmisiones radiales se producen a la velocidad de la luz, un sencillo cálculo me dijo que el mensaje tardaría dieciocho minutos en llegar a su destino. Había que contar el tiempo de descifrarlo y analizarlo, más el de grabar la respuesta y transmitirla, todo lo cual suponía veinte o treinta minutos más. En resumen, después de enviado el mensaje, disponía de tres buenos cuartos de hora, que empleé en prepararme una suculenta comida. Comí tranquilamente, pues disponía de tiempo suficiente.

Al terminar, con una taza de café en la mano y un cigarrillo en la otra, escuché el chirrido del astroteletipo. Caminé tranquilamente

hacia el aparato y, sin necesidad de libro de claves, tal es mi práctica, pude leer el mensaje.

Éste decía lo siguiente:

> No hay indicios de astronave alguna a menos de veinte millones de kilómetros de distancia punto debe tratarse de error punto rogamos no hacer abuso del alcohol de que esa estación dispone para usos medicinales fin del mensaje.

Aquello me puso frenético. ¡Alcohol! ¡Los muy…! Terminé el café a tragos, tiré el cigarrillo a un lado y me senté ante el teletipo. Estaba tan furioso, que me olvidé de cifrar el mensaje.

> Alcohol un cuerno punto soy abstemio punto cuando digo que vi una astronave es que vi una astronave punto la he grabado en mi cámara automática punto mañana enviaré grabación por canal cinco fin del mensaje.

—¡Estúpidos!

Pero esto no lo dije en el teletipo, sino en voz alta.

Después de aquello, continué las observaciones. Cuando se hizo de «noche», me acosté tranquilamente, dejando la indicación de que dormía, a fin de que no me despertasen innecesariamente.

A la mañana siguiente me levanté. Lo primero que hice después de desayunar fue proyectar la grabación del día anterior a fin de que la contemplaran en la Jefatura de Astropatrullas y pudieran convencerse de que mi vista seguía siendo magnífica. Luego me dispuse a revisar los instrumentos y entonces fue cuando divisé a mi primera sirena.

No diré que fuera una belleza, pero sí tenía un rostro graciosísimo, con una nariz respingona que daba gozo contemplarla. Vestía sumariamente, con una especie de chaquetilla corta, apenas sin mangas, con amplio escote redondo, de color rojo brillante, y unos pantaloneros, muy ajustados a sus redondas

caderas, que dejaban al descubierto unas piernas fabulosas. Realmente, no puede decirse que, en lo referente a esbeltez, fuese una sílfide; más bien resultaba gordita, digamos mejor rellenita, y no era muy alta. En resumen, era el tipo de mujer que todo hombre quiere en casa; ya es sabido que para la calle prefiere una chica alta, delgada y esbelta. Pero en casa… ah, en casa, ya es otro cantar.

Ella, mi sirena, estaba sentada sobre una roca de tres o cuatro metros de altura, que sobresalía de unos témpanos de hielo, y se entretenía en una labor típicamente femenina: con una mano sostenía el espejo en tanto que con la otra peinaba cuidadosamente sus largos cabellos, de un maravilloso color leonado. Como casi todas las paredes de la estación son transparentes, salvo las de las habitaciones que pudiéramos llamar íntimas, me resultó sumamente fácil contemplarla a media docena escasa de metros de distancia.

Lo de menos fue ver a la sirena —la cual, como ya he dicho, poseía unas piernas preciosas y no tenía el cuerpo terminado en cola de pez— sino el darme cuenta de que, vestida solamente con aquella breve indumentaria, se hallaba en el vacío.

CAPÍTULO III


mpecé a sospechar que yo también estaba volviéndome loco. Cerré los ojos un par de veces, como tratando de convencerme que no estaba viendo cosas raras o que no estaba soñando. Pero ella continuó allí, peinándose cuidadosamente los cabellos, que le llegaban casi a la cintura.

Entonces, cuando más desconcertado estaba yo y no sabía qué hacer ni qué actitud adoptar, ella volvió ligeramente la cabeza, me vio y sonrió encantadoramente.

Se puso en pie, permitiéndome admirar su lindo cuerpo. Luego, con gran lentitud, debido a la escasa gravedad de lo, aproximadamente un sexto de la terrestre, saltó y se acercó a la pared de cristal. Pegó las naricillas al vidrio y me sonrió encantadoramente.

Tragué saliva. Si no era una visión, si se trataba de una persona de carne y hueso, resultaba fantástico. Porque no sólo se trataba de su vestimenta, apenas poco más que un bikini, sino que estaba

viviendo y respirando «en el vacío».

Ella agitó las manos y movió los labios. Quería decirme algo, pero no la entendía. En aquellos momentos, yo debía de tener la cara de idiota más grande que se ha visto jamás.

Hizo signos señalándose el opulento pecho y luego al interior de la estación.

—¿Quieres entrar? —pregunté estúpidamente, sin darme cuenta de que no podía oírme.

Ella movió vivamente la cabeza en sentido afirmativo. Me pasé la mano por la cara; francamente, en aquellos momentos, dudaba de la integridad de mis facultades mentales.

La chica hizo unos gestos rápidos, como indicándome que debía abrirle cuanto antes. Me sentí notablemente aprensivo. ¿Y si era verdad que existían las sirenas? En tal caso, subyugado por sus encantos, acabaría saliendo al espacio sin traje adecuado, lo que me produciría instantáneamente la muerte.

De todas formas, había una cosa que me tranquilizaba mucho, y era que no me sentía alocadamente inclinado hacia ella. Pude darme cuenta de que, en medio de todo, conservaba cierta serenidad y, fiado en ello, pensé que podía arriesgarme a dejarla entrar, claro que utilizando la esclusa de compuerta doble, a fin de impedir la salida del aire contenido en la estación.

Moví la mano señalándole la puerta y ella hizo un signo de asentimiento, a la vez que emitía una brillante sonrisa. Medio cayéndome por el asombro que sentía, caminé hacia la esclusa y abrí la compuerta externa.

Ella penetró en el espacio situado entre las dos compuertas. Cerré la exterior, pero antes de empezar a bombear aire, le pregunté por señas si podía respirar como yo. En vista de que su respuesta fue afirmativa, manejé el mando que enviaba el aire a la esclusa.

A pesar de todo, no me fiaba. Cuando hubo el aire suficiente para la transmisión de los sonidos, usé el micrófono que hacía funcionar un altavoz situado en la esclusa.

—¿Puedo saber quién eres? —pregunté.

—Te lo diré enseguida —contestó ella. Su voz era un tanto estridente, aunque no desagradable; más bien infantil, podría decirse.

De pronto me quedé tieso como un poste. ¡Ella hablaba mi

idioma!

Sin darme apenas cuenta de lo que hacía, abrí la compuerta interna. Entonces, ella penetró en la estación.

Casi sin hacerme caso, miró a mi alrededor, como examinando críticamente cuanto había en la estación, mientras yo la contemplaba en medio de un estuporoso silencio. Pude darme cuenta de que era muy joven, menor de veinte años, y que no era tan baja como me había parecido al principio. Claro está que yo mido muy cerca del metro noventa y ella, además, calzaba unas leves sandalias de tacón bajo.

—No está mal —dijo, al cabo, en tono displicente—. Creí que los terrestres estaríais más atrasados. Sin embargo, os falta todavía mucho para alcanzarnos a nosotros.

—Un momento —dije—. No sé quién eres, pero sí deseo comprobar si estoy despierto o soñando.

—Yo creo que estás despierto, pero si tú piensas lo contrario, no trataré de forzarte a que creas en lo que estimas no debes creer.

—Aguarda un poco —dije.

Sí, había un medio de comprobar si, efectivamente, era de carne y hueso. Bajé la mano y le arreé un soberano pellizco en… bueno, allí.

La chica lanzó un grito de enojo y luego, levantando la mano, me asestó la bofetada más fuerte que he recibido en todos los días de mi vida. Sus lindos ojos me contemplaron con furia no disimulada, mientras que con una mano se frotaba el… el lugar afectado por el pellizco.

—Eres un fresco —dijo, muy irritada—. ¿No tenías otro medio de comprobar que soy una mujer de carne y hueso?

Empecé a recobrarme.

—En todo caso —dije sonriendo—, ha sido una comprobación muy agradable. Y ahora que ya estás aquí, permíteme que me presente: Ralph Preston, observador espacial, a tu servicio.

—Me llamo Vega —contestó ella—. Hola, Ralph.

—Hola, Vega. Ése es el nombre de una estrella.

—Sí, lo sé, aunque yo no he nacido en ninguno de sus sistemas planetarios —contestó en tono indiferente—. Bueno, ¿no me invitas a tomar siquiera una taza de café?

—Ven conmigo —dije.

Era preciso seguirle la corriente. Hablaba mi idioma con toda perfección, era una mujer auténtica y… ¡y podía vivir impunemente en el vacío espacial! Después de una breve reflexión, decidí adoptar una postura de entera naturalidad, procurando no asombrarme por nada… ¡Y conste que tenía muchas cosas de qué asombrarme!

Puse agua caliente en dos tazas, a las cuales agregué sendas tabletas de café soluble y ya azucarado. De un saltito ella se sentó en el borde de la mesa, con un fascinador despliegue de piernas que atrajeron durante unos momentos toda mi atención.

—Así que te llamas Vega —dije—. ¿Y qué más?

—Mi apellido, es decir, lo que vosotros los terrestres llamáis apellido, es demasiado largo, de modo que vamos a dejarlo en Vega a secas. —Sorbió un poco de café—. Está bastante bueno —aprobó. Luego me miró a la cara. ¿De qué color eran sus pupilas?—. ¿No te imaginas a lo que he venido?

—El anterior observador fue retirado del servicio porque se volvió loco. Dijo que había visto sirenas —contesté especulativamente.

—Ah, sí —dijo ella, en tono indiferente—. Fue mi compañera Glya. Chico, es una belleza sensacional y, calculo, eso debió de ser lo que trastornó al anterior observador. Por eso me enviaron a mí. Yo no soy tan bonita como Glya, ¿sabes?

—Pues, qué quieres que te diga —respondí, siguiéndole la corriente—, a mí me pareces una chica estupenda. Tienes una cara muy atractiva, un tipo suculento —moví las manos conveniente y gráficamente—, unas piernas preciosas y… bueno, ya está dicho todo. Esa Glya no puede ser mucho más guapa que tú, lo digo de verdad.

Vega pareció enternecerse un poco.

—¡Oh, qué bueno eres! ¿De verdad me consideras bonita?

—¡Ya lo creo! ¡Eres la chica más guapa que he visto jamás! —mentí como un bellaco.

No era una belleza en el estricto sentido de la palabra, sino más bien una muchacha atractiva y bien contorneada, como se encuentran miles por todas partes. Pero puesto que estaba allí —y solo Dios sabía cómo había llegado— era preciso darle un poco de jabón a fin de que me contase muchas cosas.

—Eres un encanto, Ralph —dijo—. Francamente, no creí llegar a

gustarte nunca. ¿Sabes?, me enviaron a mí, visto el pésimo resultado que había dado la pobre Glya, considerando que una chica tan fea como yo no volvería loco al observador de turno en lo.

—Pues si sigues mucho tiempo junto a mí, también acabaré volviéndome loco, aunque no de la misma manera que Jim Stone —observé—. Y, dime, ¿vienes de muy lejos?

—De Betelgeuse, de Orión —contestó ella con entera naturalidad—. Bueno, de uno de sus sistemas planetarios.

—Ah, sí, claro; he oído nombrar esa estrella. Está a doscientos setenta y dos años luz de la Tierra, creo.

—Ciertamente. Mis padres nacieron en el sistema de la estrella Vega de Lira. Por eso me pusieron este nombre —contestó ella, balanceando tranquilamente las piernas.

—Y dices que te han enviado en sustitución de Glya. ¿A qué vino Glya a este satélite? —pregunté, interesado.

—Tratamos de haceros comprender el gravísimo peligro que el Sistema Solar corre de ser destruido.

* * *

Uno ha leído tantas historias fantásticas de invasiones espaciales, que cuando se encuentra ante la realidad, se queda tan tranquilo. No era ya la Tierra, sino el Sistema Solar entero el que iba a ser destruido. ¿Por qué no había dicho la Galaxia entera? Pero, puesto que, como he dicho, había convenido conmigo mismo en seguirle la corriente, sin inmutarme en absoluto, pregunté:

—De modo que el Sistema Solar se va a ir a la porra, ¿eh?

—Así es, Ralph.

Vega continuaba balanceando las piernas. Me costaba trabajo quitar la vista de aquel fascinante espectáculo.

—Incendiarán todos los planetas y sus satélites —contestó—. Entonces, el Sistema Solar entero arderá y se producirá un gran resplandor en el espacio, lo que a ellos les permitirá continuar su camino.

—No entiendo. ¿Quiénes son ellos y adónde van? ¿Por qué necesitan pegar fuego al Sistema Solar para alumbrarse el camino? ¿Es que no hay suficientes estrellas en el cielo para guiarse?

—Cuando vuestro sistema haya ardido, emplearán el resplandor

como punto de referencia. Ellos no os quieren destruir por consideraros enemigos, sino, simplemente, porque lo estiman necesario para sus planes de emigración.

—El diablo me lleve si acabo de entenderte, Vega. ¿Qué condenada emigración es ésa?

—Nosotros les llamamos los Sfinx, pero proceden de la Nebulosa del Cangrejo, situada a treinta y siete mil años luz de la Tierra. Sus mundos, cientos de planetas, se están volviendo inhabitables y ahora emigran en masa, miles y miles de millones de seres, en dirección a la Nebulosa Trífida, situada a tres mil doscientos años luz de vuestro planeta. Sus aparatos de gobierno y localización son sumamente imperfectos, pese a la extraordinaria rapidez de sus naves, y es por ello que envían avanzadas a fin de indicarles el camino. Ralph —dijo de pronto con acento patético—, es una colosal emigración estelar, de proporciones jamás conocidas. Es preciso hacer algo y pronto; de lo contrario, vuestro sistema solar sucumbirá, como han sucumbido ya otros sistemas de nuestra Galaxia.

Sentí que la cabeza me daba vueltas. ¡Una emigración estelar! Millones de naves conteniendo a miles de millones de seres que viajaban por el espacio en busca de otros mundos más aptos para su vida. ¿Qué clase de seres eran los Sfinx?

Ella pareció adivinar mi pensamiento.

—Su conformación física es muy distinta de la nuestra, pero pueden adoptar diversas apariencias, según el medio ambiente en que han de desenvolverse. Por los informes que poseemos en Betelgeuse, hace ya cientos de años que la vida en el Cangrejo se extingue y ellos quieren sobrevivir por encima de todo. Cuando se dieron cuenta de que si no hacían algo desaparecerían en algo menos de un millar de años, destacaron exploradores por todo el ámbito de la Galaxia, con el fin de encontrar una serie de sistemas planetarios que pudieran albergarlos. La exploración duró alrededor de trescientos años, al cabo de los cuales sólo unos pocos exploradores pudieron volver a su tierra. Pero llegaron con la noticia de que en la Nebulosa Trífida, de la constelación de Sagitario, existen numerosísimos planetas capaces de contener a toda su raza. En consecuencia, empezaron a preparar la gran emigración.

—Pero esos Sfinx deben de vivir muchísimos años —exclamé, atónito por las revelaciones que Vega me hacía.

—No lo creas, unos ciento cincuenta años de promedio, contando en términos terrestres, por supuesto. Pero, eso sí, poseen un acusado sentido de solidaridad y pensaron que era necesario hacer todo lo posible para que la raza sobreviviese. Los exploradores que volvieron a la Nebulosa del Cangrejo eran ya nietos de los primeros que habían partido en busca de mundos adecuados para su vida.

Aquello era fantástico, absurdo, increíble… pero Vega parecía hablar absolutamente en serio.

CAPÍTULO IV



ermanecí silencioso unos momentos.

—Y dices —exclamé al cabo—, que los Sfinx avanzan a medida que sus avanzadillas les alumbran el camino.

—Así es. Sus instrumentos de orientación son notoriamente imperfectos y, por otra parte, los Sfinx actuales son ya descendientes en séptima u octava generación de los que encontraron los mundos habitables para ellos. Cada vez que una avanzadilla encuentra lo que pudiéramos llamar un mojón, un hito, señalado en las cartas estelares que levantaron los primeros exploradores, pega fuego a ese sistema con el fin de que la masa emigratoria sepa orientarse con toda facilidad.

—¿Y no podrían seguir mejor a los exploradores en lugar de andar arrimando cerillas a los sistemas planetarios? —pregunté.

—No, porque éstos no siguen un camino regular sino que, como ya lo indica la palabra, van explorando por todos los rincones de la

galaxia. Cuando reconocen un punto ya señalado por los primeros exploradores, se detienen, preparan sus aparatos y luego provocan una explosión en el espacio. Entonces, la masa de Sfinx, miles de millones de seres en millones de astronaves, se lanza raudamente a través del espacio, guiada por esa luminaria, mientras los exploradores continúan su labor. Ahora —dijo Vega, mirándome fijamente, mientras detenía el balanceo de sus piernas—, os ha tocado a vosotros, los terrestres, el turno de arder.

—¿Y cómo lo sabéis vosotros? ¿Es que os lo han dicho ellos?

—Por pura casualidad apresamos a unos cuantos exploradores y les hicimos hablar. Ralph, son unos seres repugnantes en su estado normal, y, créeme, la mayoría de los científicos que intervinieron en la indagación tuvieron luego que ser sometidos a largos tratamientos para recuperar su normalidad psíquica. Pero en Betelgeuse estamos muy adelantados y, a pesar de todos los esfuerzos en contra realizados por los Sfinx prisioneros, conseguimos extraerles sus secretos. Por eso, sabemos que van a incendiar el Sistema Solar. En realidad, ya están infiltrados entre vosotros, buscando el medio mejor de colocar lo que podríamos llamar sus bombas incendiarias.

Me pasé la mano por la cara. Aquello era tan fantástico… pero Vega parecía hablar absolutamente en serio.

—Dame la mano —dije.

Ella accedió, muy intrigada.

—¿Para qué la quieres? —preguntó.

—Para convencerme de que estoy vivo y que no sueño. Dime, por favor, ¿cómo se os ocurrió la idea de avisarnos a nosotros, los terrestres, precisamente?

—Porque en un radio de trescientos años luz en torno a Betelgeuse, sois los únicos seres con figura y cualidades físicas y mentales idénticas a las nuestras. Es una curiosa coincidencia, sobre todo, teniendo en cuenta que hay en la Galaxia miles de razas de todas las formas, pero hasta ahora, sólo hemos podido hallar una raza, la terrestre, idéntica a la nuestra.

—Eso significa que ya hace años que conocíais nuestra existencia.

—Claro.

—¿Y nunca se os ocurrió poneros en relación con nosotros?

—Todavía estáis muy atrasados en lo que a astronáutica se refiere —respondió Vega—. Preferimos que seáis vosotros los que nos encontréis, el día que sepáis volar más allá de vuestro sistema planetario. Es decir, preferíamos que el conocimiento se produjese de esa manera, siendo vosotros los que nos encontraseis, ya que de haber llegado nosotros primero a la Tierra, habrían podido producirse disturbios que deben evitarse a toda costa. Pero, puesto que los Sfinx se disponen a destruiros, el que podríamos llamar gobierno de Betelgeuse decidió enviar agentes para avisaros. Después de un detenido estudio de vuestras características, se resolvió que esos agentes fueran mujeres. —Vega sonrió alegremente—. Lo que pasa es que Glya resultó demasiado hermosa y Stone terminó por volverse loco. Me parece —dijo, bajando los ojos—, que a ti no te ocurrirá lo mismo, Ralph.

—Claro que no, preciosa —contesté. La miré en silencio durante unos instantes.

Allí estaba yo, hombre de la Tierra, hablando tranquilamente con una mujer nacida nada menos que a doscientos setenta y dos años luz de mi planeta, como si esto fuera cosa de todos los días. ¿Qué pensarían de mí en la Jefatura de Observación si supieran lo que me estaba pasando en aquellos momentos?

—Bueno —dije al cabo—, parece ser que tienes razón. Ya me doy cuenta de que, antes de dar este paso, nos habréis estudiado minuciosamente, de todo lo cual se deriva el conocimiento que tienes de mi idioma; también me imagino que debéis de emplear unos aparatos formidables, puesto que has sido capaz de trasladarte desde tu sistema planetario al nuestro. Sobre esto, cuando tengamos algo más de tiempo, ya me darás más explicaciones. Pero ahora, dime, ¿cómo diablos piensas frustrar los planes de los Sfinx?

Vega palmoteó alegremente.

—Entonces, estás de acuerdo conmigo, ¿piensas ayudarme, Ralph?

—Poco a poco —dije con severidad—. Tengo un puesto espacial; no puedo abandonarlo así como así. Y si les digo lo que ocurre, harán conmigo lo mismo que hicieron con Stone; esto es, ponerme dentro de una camisa de fuerza.

La alegría desapareció del gracioso rostro de la muchacha.

—Entonces, ¿no puedes venir conmigo?

—Cielito, iría con mucho gusto, pero no puedo abandonar la estación, compréndelo. Han de pasar diez meses antes de que me releven.

—Es demasiado tiempo —exclamó Vega, desalentada—. Los Sfinx tardan de cuatro a cinco años en preparar todo para incendiar un sistema planetario con una estrella en su centro, pero ahora ya tienen sus preparativos casi ultimados. En tres meses, si no menos, levantarán el vuelo y, expresándolo en términos terrestres, apretarán el gatillo y desaparecerá el Sistema Solar.

—¡Pues sí que es un bonito panorama! —rezongué—. ¿Y dices que entre tú y yo podemos evitarlo?

—Mejor que empleando más gente. Ellos, los Sfinx, acabarían por darse cuenta y, además, cundiría el pánico entre los habitantes del Sistema Solar. Es mejor hacerlo así, discretamente, de modo que no se entere nadie sino nosotros.

—¿Y qué harán los Sfinx si les evitamos consumar sus propósitos?

Vega se encogió de hombros.

—¡Que busquen otro mojón del espacio que esté deshabitado! Ellos luchan por sobrevivir… y nosotros, también. Es una cuestión bien simple, Ralph.

—Desde luego —dije, meditabundo—. De todas formas, sigue en pie el principal inconveniente. No puedo abandonar la estación.

—Oh, no te preocupes por semejante minucia —dijo ella tranquilamente—. He traído en mi nave todo lo necesario para que la estación siga atendida. ¿Quieres acompañarme?

—Entonces, tu nave debe de ser la que vi antes a través del telescopio.

—Sí, claro. Venía de Júpiter. Logré encontrar una de las bombas de los Sfinx y neutralizarla. Pero todavía quedan más, muchas más. Incluso es posible que haya una en lo.

La idea de tener bajo los pies un artefacto que en cualquier instante podía convertirme en pavesas no me satisface poco ni mucho. Al contrario, me heló la sangre. Era preciso tomar una decisión rápidamente.

—Está bien —dije—. Por unos momentos, si tu nave no está muy lejos…

—Cerca de la estación. A la vuelta de la esquina, como quien

dice.

—Muy bien, pues. Aguarda un momento; me pondré el traje espacial…

—No es preciso. —Vega saltó al suelo—. Nosotros ya hemos conseguido suprimir semejante engorro. Espera un momento.

La miré estúpidamente mientras ella manipulaba en un ancho cinturón de color metálico, brillante, que sujetaba sus breves pantaloncitos. El cinturón tenía adherida una especie de carterita, de cuyo interior extrajo una píldora en forma de lenteja y del tamaño de una aspirina, de color verde azulado, que me entregó en el acto.

—Una píldora de éstas te permitirá subsistir en el vacío, resistiendo impunemente la falta de aire y de presión y la baja temperatura, durante una semana, aproximadamente. Deja que se disuelva en la boca y al cabo de cinco minutos, podrás salir al exterior.

Me puse la pastilla en la boca. Tenía un gusto agradable, mentolado, y, la verdad, no sentí nada especial cuando la hube ingerido disuelta en la saliva. Vega me contemplaba sonriendo atractivamente. Aquella chica empezaba a gustarme, palabra.

De pronto oí el zumbador del astroteletipo.

—Aguarda un momento —dije.

Fui hacia el aparato y leí el mensaje que me enviaba la Jefatura de Astropatrullas.

> Lamentamos informar que examinada grabación no aparece ninguna nave punto rogamos compruebe limpieza instrumentos fin del mensaje.

Estuve a punto de soltar una gruesa imprecación. Con buenas palabras, me llamaban marrano. Supuse que la nave de Vega debía de poseer algún extraño instrumento que le impedía, a voluntad del tripulante, aparecer en las pantallas grabadoras, pero no era aquél el momento más adecuado para discutir el problema. Bien, si ellos sostenían que era un cochino, les iba a seguir la broma.

> Tienen razón punto lo que me pareció astronave

era una huella de mosca en el ocular del telescopio punto agotadas existencias líquido limpiador punto ¿qué hago? Fin del mensaje.

Cerré la comunicación y me volví hacia la chica.

—¡Estoy listo, Vega!

—Pues andando. Al espacio… ¡sin escafandra!

CAPÍTULO V



aminar por el vacío sin la engorrosa protección de la escafandra era una sensación indescriptible. Allí, a temperaturas bajísimas, del orden de los doscientos y más grados negativos, estábamos los dos, ella vestida como ya he indicado y yo con una simple camiseta estilo Navy y unos pantalones cortos, ya que la excelente climatización de la estación permitía la liviandad en el atavío. Ignoro cuál es la composición de aquellas grageas y, por otra parte, tampoco me he preocupado demasiado de saberlo. Misterios de la alquimia moderna, vaya usted a saber. Lo cierto era que no sólo nos proporcionaban el oxígeno necesario para la respiración y el calor necesario para que nuestro organismo resistiese perfectamente las extremadas temperaturas ambientes, sino que además, calculo, debía de contener alguna sustancia que provocaba un extraordinario aumento en la tensión de nuestros tejidos, evitando así el estallido que inevitablemente se habría producido de otra

forma al salir al espacio sin protección alguna.

Vega caminó delante de mí, con paso rápido, favorecido por la escasa gravedad del satélite. Al cabo de diez minutos, se detuvo al borde de lo que parecía ser un cráter de escarpados bordes, de unos sesenta metros de diámetro, por la mitad de hondo, suficiente para contener la nave que la había transportado desde su remoto país hasta nuestro Sistema Solar.

El aparato parecía el fuselaje de un avión, de proa muy afilada, dotado de unas aletas estabilizadoras en la cola, muy pequeñas, lo justo para proporcionarle la orientación precisa en lugares con atmósfera. Era ligeramente aplanado por encima y por debajo, lo que le confería la apariencia de un raro pez, y estaba construido en un metal opaco, que apenas si emitía brillo.

—Vamos —dijo ella, descendiendo, a saltos, por los riscos.

En unos momentos estuvimos al pie del aparato, cuya altura máxima calculé en tres metros y medio. El largo debía de ser de unos veinte a lo sumo y se mantenía sobre el suelo mercad a unas largas patas sustentadoras que, como luego tuve ocasión de comprobar, se replegaban durante el vuelo.

Una escalerilla de metal, de diez o doce peldaños, permitía el acceso a la escotilla de entrada. Subimos por la escala y penetramos en el interior de la nave.

Aparentemente, el interior de la nave no ofrecía nada de particular. Me imaginé que lo verdaderamente digno de admirarse debía de estar en la maquinaria que servía para su propulsión, así como en los aparatos de gobierno, detección y antidetección, pero esto, aun con todo, ocupan un lugar secundario en la narración. Siguiendo el hilo de la misma, diré que Vega me condujo a lo largo de un angosto corredor hasta una habitación que parecía ser almacén de pertrechos, a juzgar por lo que pude ver. En un lado de la misma vi una caja metálica, vertical, de unos dos metros de altura por sesenta centímetros de anchura y otro tanto de profundidad.

Ella apoyó la mano en un botón que debía de servir para abrirla y volvió la cabeza hacia mí.

—Supongo —dijo— que si vas a acompañarme, deberás dejar un sustituto.

La miré atónito.

—¡Diablos! ¡Ésa es una posibilidad que no se me había ocurrido hasta ahora! ¿Cómo vamos a solucionar el problema, Vega?

—Ahora lo verás —contestó ella.

La puerta de la caja se abrió silenciosamente a un lado y entonces pude ver lo que me pareció un robot, en pie, sobre un forro acolchado que tenía exactamente su forma, a fin de impedirle daños en las aceleraciones bruscas por los despegues y aterrizajes. El robot tenía una figura vagamente humana, como una persona en la cual se hubiesen desdibujado sus rasgos y las líneas definitorias de sus contornos anatómicos. Estaba construido, al parecer, con el mismo metal de la nave y permanecía, valga la frase, en estado letárgico.

Vega sacó del interior de su seno algo parecido a una llavecita, la insertó en un minúsculo orificio situado en el centro del «pecho» del robot y la hizo girar un cuarto de vuelta a la derecha. Entonces, el robot «abrió» los ojos.

—Hola, Federico —dijo ella, sonriendo anchamente.

Las pupilas del robot centellearon con brillo oscilante. Supongo que sus perfectísimos aparatos estaban ajustando el foco de las retinas artificiales a fin de permitirle captar con toda claridad las imágenes.

—Hola, Vega —contestó el robot con voz gruesa y lento acento.

Ella se volvió hacia mí.

—Le llamo Federico porque es un nombre que me gusta. —Suspiró melancólicamente, distendiendo ampliamente el generoso busto al hacerlo—. Es una lástima que tu nombre no sea también Federico.

—Puedes llamarme de esa manera, si gustas —dije cortésmente—. Mi abuelito, que era todo un caballero, solía decirme: «Ralph, no contraríes nunca a las damas. Solamente que debes procurar obedecerlas de tal modo que ellas te ordenen lo que a ti te convenga». Un hombre de la vieja escuela, sí, señor, Dios lo tenga en su gloria.

Suspiré, bajando ligeramente la cabeza.

—¡Qué magnífico embustero eres! —rió ella—. Pero me gustas más así, te lo aseguro. Y ahora, vamos a trabajar. A partir de este momento, Federico será tu doble.

—¡Cómo! ¡Ese robot…! —protesté, señalando el artefacto.

—Federico es una máquina tan perfecta que resulta mucho más lista que la mayoría de las personas —contestó ella, un tanto enojada—. En dos o tres días, mientras yo trabajo con él, tú le pondrás al corriente de todas tus obligaciones de observador espacial.

—¡Un momento! —grité—. ¡Si crees que ese maldito saco de tuercas va a sustituirme, estás equivocada! ¿Te sientes capaz de explicarme cómo saldremos de apuros si se les ocurre pasar una inspección y se encuentran al robot en mi lugar? Es un delito gravísimo abandonar una estación espacial sin permiso y…

Vega ya no me hacía caso. Estaba trasteando en las diversas estanterías del almacén y trasegando a un enorme saco una serie de latas y aparatos cuya utilidad se me hacía incomprensible. Al terminar, cerró el saco y dijo:

—Carga con eso, Federico.

—Sí, Vega —contestó impasiblemente el robot.

—Ralph, volvamos a la estación.

Había veces en que comprendía a mi compañero Stone. Si Glya había hecho con él la cuarta parte de lo que Vega estaba haciendo conmigo, no me extrañaba en absoluto que hubieran tenido que acabar embutiéndole dentro de una camisa de fuerza.

Aturdido y desconcertado, emprendí el camino de vuelta a la estación, en compañía de Vega y de Federico.

* * *

Los tres días siguientes fueron de una actividad frenética. Yo me pasaba las horas enseñando a Federico el manejo de todos los instrumentos de la estación, enseñanzas que él absorbía como una esponja y guardaba en el interior de sus bobinas memorísticas. Mientras tanto, Vega trabajaba afanosamente junto a nosotros, aunque sin interrumpirnos en absoluto.

Al finalizar aquellos tres días, Federico se había convertido, merced a la insólita habilidad de Vega, en un doble mío, tan exacto que ni yo mismo habría sabido reconocerlo como una falsificación mía, a no ser, claro está, porque Federico era Federico y no yo. No tenía familiares ni tampoco exceso de amigos, pero ni mis padres, vivos, hubieran sabido diferenciarlo de mí.

—Federico —dijo ella—, a partir de ahora, te llamarás Ralph Preston.

—Sí, Vega —contestó el robot con su habitual voz neutra.

—Graba bien esta orden en tus circuitos, Federico: serás Ralph Preston para todo el mundo, menos para nosotros dos. Sólo contestarás al nombre de Federico cuando lo pronunciemos Ralph o yo, ¿estamos?

—Sí, Vega.

—Un momento —dije—. Vega, me parece que has cometido un pequeño error.

Ella me miró, súbitamente interesada.

—No te entiendo —exclamó.

—Cámbiale la voz. Si viene un inspector y advierte esa voz de carraca, echarás a perder todos sus esfuerzos. Lo menos que hará será buscar un médico y… ya me dirás entonces lo que sucede cuando el doctor encuentre una faringe artificial.

—Es verdad —dijo Vega, hondamente preocupada—. Gracias por la advertencia. Empezaré a trabajar ahora mismo, Ralph.

—Y, mientras le arreglas la garganta, yo le facilitaré algunos detalles personales míos, a fin de que no cometa un desliz cuando hable con otros seres humanos. Supongo que será capaz de decir algo más que «Sí, Vega», que es todo lo que le he oído hasta ahora.

—Por supuesto, ¿qué te crees? —respondió la chica, toda enojada.

En fin, arreglarle la garganta nos costó un día más de trabajo, al cabo del cual el nuevo Ralph Preston estaba enterado de hasta el sitio en que aquella sensacional Daniela tenía un lunar, lugar que, naturalmente, no voy a repetir, a fin de que nadie pueda reprocharme que no soy un caballero.

Alrededor de las doce de nuestro cuarto día de labor incesante, Vega dio la orden de partida.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunté.

—A Júpiter. Quiero enseñarte una de las bombas puestas por los Sfinx a fin de que conozcas el modo de desarmar la espoleta que las pone en funcionamiento.

Media hora más tarde, despegábamos de lo y emprendíamos el vuelo hacia Júpiter.

* * *

A medida que ganábamos espacio, sentíamos más y más gravitar sobre nosotros la abrumadora impresión de enormidad que desde tan corta distancia produce la contemplación del gigante del Sistema Solar. Es un espectáculo increíble, fascinante, subyugador, de una grandeza tal que suspende el ánimo y le hace a uno sentirse miserable y chiquito, una tenue mota de polvo en el incomparable concierto de la Creación salida de la mano del Todopoderoso.

La parte anterior del aparato era totalmente transparente, lo cual nos permitía ver las cosas con la mayor claridad. Finalmente, cuando estábamos solo a unos miles de kilómetros de la superficie de Júpiter, Vega conectó el piloto automático y se encaminó al almacén de pertrechos, del que a poco regresó con dos amplios cinturones de un dedo de grueso por diez o doce centímetros de ancho.

Ella misma me colocó el mío, enseñándome la forma de usarlo.

—Tenemos que caminar por la superficie de Júpiter y no olvides que allí la intensidad de la gravedad es más de dos veces y media la de la Tierra. Este cinturón disminuirá sus efectos a la normal, creando una reducción de los campos gravitatorios que actúan sobre nuestros organismos.

—Comprendo —dije, con cara de no entender nada.

Una hora más tarde, el aparato se detenía al pie de un altísimo risco de paredes verticales, cuya cima se elevaba hasta un cuarto de kilómetro más arriba de nuestras cabezas.

El risco se prolongaba por espacio de unos dos mil metros, al cabo de los cuales ganaba otro tanto en altura, formando entonces como una especie de cráter volcánico, situado en el costado de una montaña altísima, cuya elevación resultaba imposible calcular, dado que sus cimas se hallaban ocultas por una espesa masa de nubes de gases de todos los géneros, las cuales se movían lentamente, arrastradas por los extraños vientos que soplan en la atmósfera jupiterina.

En el cráter hervían juntos el hidrógeno y la lava, borbollando como en una visión dantesca y despidiendo hacia lo alto espesísimas nubes de humo rojizo. Una fulgurante catarata de gases y lava mezclados caía desde quinientos metros de altura sobre la

burbujeante superficie de un lago de amoníaco líquido, del cual se escapaban silbantes chorros de vapor que alcanzaban grandísimas alturas. Sin embargo, todo lo que no se hallaba en las inmediaciones del cráter, la cascada o el lago, estaba helado y en algunos sitios vi pender gigantescas estalactitas de hielo de dimensiones pavorosas.

Durante largo rato estuve contemplando el inenarrable espectáculo, seguro de que nadie lo había visto antes que yo; por lo menos, de una forma tan directa. Y hubiera permanecido mucho más tiempo, a no ser porque Vega me tiró del brazo.

—Vamos, Ralph —dijo—, ya hemos estado parados bastante tiempo.

La seguí a mi pesar; aquél era un espectáculo de los que no se ven todos los días. Unos metros más allá, Vega se detuvo y se arrodilló en el suelo.

—Aquí es, Ralph.

El suelo, helado, era translúcido en aquel lugar y permitía ver una masa oscura encerrada en el mismo. Saqué un pico que Vega me había entregado en el momento de abandonar la nave y asesté un golpe sobre el hielo.

En aquel momento, sentí que la mano de Vega se crispaba sobre mi hombro.

—Ralph —dijo en voz baja.

Levanté a medias la cabeza.

—¿Sí, guapa?

Ella demoró un segundo la respuesta. Intrigado, me puse en pie, dándome cuenta que tenía el rostro enteramente demudado.

—¿Qué ocurre, Vega? —pregunté—. Por el amor de Dios, no me tengas sobre ascuas.

Sobre su pecho descansaba, pendiente del cuello por un collar metálico, una especie de diminuta pantallita de unos cinco centímetros en cuadro, en cuya superficie divisé un punto luminoso que aparecía y desaparecía con cierto ritmo, cuya rapidez aumentaba por instantes.

—Viene un Sfinx hacia aquí —dijo—. Escondámonos, Ralph.

Tiró de mi mano y echó a correr hacia un hueco situado al pie del risco, en donde nos agazapamos, temblando y no de frío precisamente.

Pasaron unos minutos angustiosos. Ella y yo no hacíamos otra

cosa que alternar nuestras miradas al exterior con las que dirigíamos a la pantallita, en la que el ritmo del centelleo era cada vez más rápido.

Súbitamente, el suelo vibró muy tenuemente, aunque perceptible con claridad. Sentí que las uñas de Vega se clavaban en mi brazo. Sin necesidad de que ella me lo dijera, supe que aquella vibración era debida a las pisadas del Sfinx.

Éste continuaba acercándose. De pronto, apareció ante nuestros ojos. Entonces me sentí inundado de una densa oleada de horror indescriptible.

CAPÍTULO IV



igúrese un gigantesco saltamontes de más de dos metros de altura, pero del color del cobre, con vivos reflejos metálicos y con cuatro patas en lugar de seis; figúrense una cabeza más pequeña que lo que le correspondería en proporción dado su tamaño y de forma vagamente triangular, dotada de una boca de dientes aserrados y una trompetilla encima, larga y terminada en una ancha ventosa, la cual era extensible y replegable fácilmente a voluntad del dueño; figúrense unos ojos grandes, cinco veces más que los de un hombre y dotados de numerosas facetas triangulares, encima de los cuales se veían dos antenas bifurcadas de unos cincuenta centímetros de largo, que oscilaban continuamente en todos los sentidos; figúrense un cuerpo fuselado, con el pecho —llamémosle así— afilado, como el esternón de un pájaro; figúrense también que los brazos y las piernas del horrendo monstruo tenían varias articulaciones, como el metro plegable de un carpintero, y tendrán una idea apenas

aproximada de lo que era el Sfinx.

Podría ser una criatura inteligente, no lo dudo; pero a mí me pareció el monstruo más horrendo que uno pueda imaginarse. Sentí frío, náuseas, calor… muchas cosas, ninguna de ellas buena.

El Sfinx se detuvo a unos pasos de nosotros, muy pocos. Todavía no nos había visto y, por unos momentos, llegué a albergar la esperanza de que se marchara sin percatarse de nuestra presencia en aquel lugar.

De repente vi que sus antenas vibraban rapidísimamente, tanto, que con la vista no podían seguirse sus movimientos.

Los dedos de Vega acentuaron su presión sobre los míos. No nos dijimos nada, pero ambos supimos al mismo tiempo que el Sfinx había captado nuestra presencia.

Aún no estaba seguro, sin embargo, del lugar exacto en que nos hallábamos. Pero era astuto, infinitamente astuto y, de repente, hizo algo que, por lo menos a mí, me dejó boquiabierto. Sencillamente, se transformó en una encantadora joven de cabellos rubios, preciosos ojos azules y curvas mareantes.

La transformación se produjo en un santiamén, en un período de tiempo de no más de cinco segundos. Una vez adquirida su forma humana, giró la cabeza en todas direcciones hasta localizarnos agazapados en el fondo de la oquedad.

Entonces, Vega lanzó un agudo grito:

—¡Mátale, Ralph, mátale!

Vacilé. Era cierto que unos segundos antes, la hermosísima joven que tenía ante mis ojos era un monstruo repugnante, pero, a pesar de todo, me notaba renuente para cumplir la orden que Vega acababa de darme. «Ella» nos vio y sonrió hechiceramente.

—Hola, amigos —dijo con voz dulcísima.

—¡Mátale o nos matará! —gritó Vega.

La joven avanzó hacia nosotros, haciendo ondular voluptuosamente su armonioso cuerpo. Me sentí subyugado, aturdido, desconcertado, mareado por el indefinible encanto que se desprendía de aquella sensual mujer. Ella sonrió, enseñando una doble hilera de dientes resplandecientes, a la vez que alargaba hacia mí unos brazos de mórbida blancura.

—Ven, querido, ven —susurró con voz insinuante, prometedora de infinitas delicias.

Sugestionado por la belleza y la voz de la joven, di un paso y avancé hacia ella. Entonces, antes de que pudiera alcanzar el extremo de sus dedos, Vega arrancó el pico que tenía en mi mano y se lo lanzó con todas sus fuerzas.

El pico se clavó hasta el mango en el pecho de la mujer. Una horrible expresión del dolor contorsionó las facciones de la joven.

Lancé un agudo grito:

—¡Vega! ¿Qué has hecho?

Ella me agarró fuertemente por un brazo.

—¡Mira, Ralph!

La joven se desplomó en el suelo. De repente, perdió su forma humana y adquirió la suya primitiva, en un período de tiempo igual al que había empleado antes. Desapareció la mujer de voluptuosa belleza y en su lugar apareció nuevamente el monstruo, retorciéndose con movimientos cada vez más débiles. Una sustancia amarillenta, de consistencia siruposa, brotaba del lugar donde se había clavado el afilado pico de acero de la herramienta. De pronto, el monstruo sufrió un fuerte espasmo y luego quedó inmóvil.

Vega me contempló con ojos llameantes, que cambiaban la expresión de su rostro.

—Estuviste a punto de perecer, estúpido —me apostrofó—. ¿No te he dicho que los Sfinx están infiltrados entre vosotros? Nadie los ha visto, por la sencilla razón de que son seres polimórficos, es decir, que pueden adoptar a voluntad la forma que les conviene.

Me pasé la mano por la cara.

—No sé qué me sucedió —confesé—. Sabía que no era una joven, sino un Sfinx, pero aun así, no sabía sustraerme a su atractivo. Era como si él me mandara obedecerle y yo me sintiera incapaz de resistir sus mandatos.

—No te lo reprocho —contestó Vega—. Ésa es una de sus más terribles armas, peor que las bombas que han montado para hacer volar el sistema solar. Pero, en fin, espero que después de uno o dos encuentros con ellos, te acostumbres a luchar contra la sugestión que emplean para destruir a sus enemigos.

Contemplé los restos del monstruo.

—Lo que no me explico es cómo pueden adoptar tan rápidamente una forma distinta a la suya habitual —dije.

—Tienen un fabuloso poder mental, que influye sobre las

moléculas y átomos que componen su cuerpo —contestó ella—. Ahora bien, ese poder mental sufre fuertes limitaciones cuando se trata de usarlo «exteriormente» y esto es lógico, porque si lo emplean en sí mismos, es decir, en adquirir y mantener otra forma distinta de la suya habitual, no pueden emplearlo en sugestionar a una persona, al menos totalmente. Más o menos, usando una imagen gráfica, podría decirse que es igual que cuando tú piensas en una cosa. No puedes pensar en otra a la vez, ¿comprendes?

—Sí —dije—. Y eso significa que emplean su fuerza mental primero en la transformación y luego en mantener la forma que adquieren.

—Exactamente. Pueden pensar y discurrir como una persona normal y aun sugestionar ligeramente los pensamientos de las otras, pero no de un modo absoluto. Si trataran de hacerlo, relajarían la tensión sobre sus átomos y moléculas y recobrarían instantáneamente su forma primitiva.

—Entiendo —dije. Luego señalé el aparatito que ella llevaba pendiente del cuello—. Por lo visto, eso es un detector de Sfinx. ¿En qué está basado su funcionamiento? ¿Rayos infrarrojos, acaso?

—No. El procedimiento es mucho más complicado y resulta demasiado prolijo para explicarlo aquí. No obstante, te diré que así como nuestro metabolismo está basado en la química del carbono, el de los Sfinx lo está en la del silicio. Teniendo en cuenta esta importante circunstancia, se construyeron los detectores para señalar la presencia de un Sfinx. —Lanzó un suspiro—. En realidad, no tenemos nada contra ellos, Ralph; y comprendemos perfectamente sus puntos de vista al emigrar en busca de tierras más aptas para su supervivencia.

—Pero no vamos a tolerar que sobrevivan a costa de nuestro exterminio.

—Exactamente. Y ahora, manos al trabajo. Tienes que aprender cómo se desarma una bomba Sfinx.

El trabajo nos tuvo ocupados dos días enteros, claro está que con los correspondientes intervalos para la alimentación y el descanso. Al finalizar aquellas cuarenta y ocho horas, Vega me confirió el título de experto en desarmar bombas capaces de volar un planeta.

—Y ahora —dijo—, zarparemos hacia la Tierra.

—¿Por qué precisamente hacia la Tierra? —inquirí.

—Por los mecanismos de la bomba, he podido darme cuenta que ésta se halla conectada a una bomba que pudiéramos llamar madre. Deben de estar terminando de montarla y cuando ésta se ponga en funcionamiento, emitirá ondas de radio que harán estallar todas las restantes.

—Es decir, que la que hemos desarmado no podría estallar sin recibir la «orden» de la bomba-madre —observé.

—Así es —admitió ella—. Naturalmente, también dispone de mecanismo para estallar por sí sola, mediante una orden emitida desde una astronave o bien por un mecanismo de relojería, pero en este caso estaba conectada a la bomba-madre que los Sfinx están terminando de montar en tu planeta.

No pude contener un silbido.

—Nos vamos a divertir —rezongué—. En total, sólo tenemos que explorar quinientos diez millones de kilómetros cuadrados. Sólo en la Tierra, claro.

—Una fruslería —dijo Vega tan campante.

El viaje a la Tierra duró, metafóricamente hablando, lo que un abrir y cerrar de ojos. Habituado a las naves terrestres, que, a pesar de la que nosotros considerábamos formidable velocidad, tardaban semanas en llegar a los extremos más alejados del sistema solar, la velocidad del aparato de Vega me pareció centelleante. Ignoro cómo funcionaba; sólo sé que en menos de tres horas recorrimos aquellos setecientos ochenta millones de kilómetros y nos plantamos en la Tierra.

Vega invisibilizó el aparato, haciéndolo descender en un lugar deshabitado, a pocos kilómetros de Ciudad Capital. Sacó de uno de los estantes del almacén un extraño aparato, remotamente parecido a una pistola, y cuando estuvimos fuera, empezó a «regar» los alrededores del suelo sobre el que estaba posada la nave con los rayos invisibles que salían por la boca de aquel instrumento.

En poco más de una hora, el aparato estuvo envuelto en una casi impenetrable masa de vegetación que lo ocultaba fácilmente a la vista de todo el mundo. Una vez hubo terminado la tarea, Vega devolvió el aparato a su sitio y me entregó otro detector de Sfinx.

Cuando le pregunté qué clase de artefacto era aquél que había usado para provocar el crecimiento de los vegetales, me contestó algo así como:

—Radiaciones —y no quiso añadir más al respecto. Luego, dijo —: Creo que cerca de aquí pasa una carretera. Vamos a buscar un coche que nos conduzca a Ciudad Capital.

—Muy bien —dije, echando a andar a su lado—. Pero ahora, ¿querrás explicarme qué es lo que vamos a hacer en la ciudad?

—Lo primero, proveernos de armas terrestres. Un par de pistolas de combustión química servirán para combatir a los Sfinx, en caso necesario. Los Sfinx —agregó— son tan vulnerables a un trozo de plomo como cualquiera de los humanos y solicitar un permiso para uso de armas atómicas nos traería demasiados inconvenientes y engorros, que debemos soslayar en lo posible.

La chica estaba bien enterada de las costumbres de la Tierra, a lo que se veía. Realmente a sus manifestaciones no se podía oponer ningún argumento de peso.

—¿Y después?

—Iremos a ver a tu compañero Stone. Tengo que hacerle algunas preguntas sobre lo que vio en el observatorio antes de que le pusieran la camisa de fuerza.

—Muy bien —dije. Vega era un torbellino de actividad y era preciso moverse mucho si uno quería situarse a su mismo nivel.

Poco después, encontramos un automóvil que nos condujo hasta Ciudad Capital. A la entrada de la urbe, nos despedimos del conductor y usamos una de las aceras rodantes para continuar nuestros desplazamientos.

Compramos las pistolas, que guardamos en sendas bolsas que llevábamos pendientes de nuestro hombro, ya que la brevedad de nuestro atavío, el común entre los habitantes de la ciudad, por lo cual no resultábamos extraños, no permitía llevarlas de otra forma más cómoda. Cuando terminamos, ya empezaba a anochecer.

Vega había colocado en su bolsa algunos instrumentos desconocidos para mí, que había extraído de la astronave antes de dejarla. En vista de que se nos hacía tarde, resolvimos dejar para el día siguiente la visita a Jim Stone.

—Alquilaremos una habitación en un hotel —decidió—. Claro que tú dormirás aparte, pero estimo lo más conveniente pasar por esposos.

No había nada que objetar a las palabras de Vega. Lo único que hicimos antes de ir al hotel fue adquirir una maleta y prendas de

dormir y aseo. La noche, afortunadamente, transcurrió sin ningún incidente. Aunque estuve pensando mucho rato en las extraordinarias aventuras que me habían ocurrido desde la aparición de Vega en el observatorio, al final terminé por dormirme como un bendito.

CAPÍTULO VII

uando desperté, a la mañana siguiente, Vega se había marchado, dejándome una nota:

> «Es posible que permanezca ausente durante todo el día. Espérame y no te muevas del hotel.
> »Cariños,
> »V».

Me pregunté a dónde podría haber ido, pero puesto que no lograba encontrar la respuesta, tuve que limitarme a dejar pasar el tiempo, leyendo los diarios y presenciando los programas de televisión. No me atrevía a bajar al bar del vestíbulo, por temor a ser reconocido y que se destapara el pastel, de modo que hube de pasar el día aburriéndome en mi habitación.

La noche llegó sin que Vega hubiera dado señales de vida. Y el

día siguiente transcurrió bajo el mismo signo. Cuando llegó la siguiente noche y vi que Vega no aparecía, empecé a intranquilizarme.

Nervioso y desasosegado, apenas pude dormir aquella noche. Al fin, a mediodía, viendo que Vega no se ponía en contacto conmigo y, puesto que no sabía dónde hallarla, decidí ponerme en movimiento.

Pero, me pregunté, ¿adónde ir? Después de mucho pensarlo, se me ocurrió que tal vez lo mejor sería hacer lo que ella había recomendado, esto es, visitar a Jim Stone. Y sin dudarlo, pedí un taxi e hice que me llevara al sanatorio en que mi amigo estaba internado.

En la recepción pregunté por su cuarto. La enfermera de guardia me lo indicó y poco después estaba llamando a la puerta.

Ésta se abrió y una joven bellísima, de largos cabellos negros y resplandeciente mirada, apareció ante mis ojos, contemplándome con gesto de extrañeza.

—¿Sí? —dijo con voz acariciadora.

Fruncí el ceño. No había visto jamás a aquella muchacha, de tan elevada estatura que casi podía compararse con la mía y de formas esculturales. Si era la novia de Jim, podía decir que éste era un sujeto afortunadísimo.

—Perdóneme —saludé—. Soy Ralph Preston, amigo de Jim Stone, y he venido a visitarle. Oiga —exclamé de pronto—, ¿no nos hemos visto antes usted y yo, señorita?

No sé por qué, el rostro de aquella muchacha me parecía conocido.

—No lo creo —sonrió deliciosamente—. Pero quizás haya oído mencionar mi nombre. Me llamo Glya.

Creo que la mandíbula inferior me colgó como si hubiera perdido la fuerza en los maseteros.

—¡Cielos! ¡Usted es Glya, la sirena que hizo enloquecer a Stone!

La sonrisa se borró de sus labios.

—Oh, perdóneme —dije—. Me parece que he cometido una torpeza.

—No se preocupe. —Glya se rehízo en el acto—. Sí, en efecto, tuve la culpa de que Stone se volviera loco. Pero, por favor, pase usted, señor Preston.

Crucé el umbral, sin dejar de admirarla. Razón tenía Vega de quejarse de lo que ella consideraba como su fealdad y razón tenía Jim Stone al haberse vuelto loco. Si yo hubiera visto a Glya en el primer momento, también me habrían embutido en una camisa de fuerza.

Ella se dio cuenta de mi impertinente contemplación y se sonrojó. Su encanto aumentó más todavía.

—Jim está aquí —dijo ella, moviendo una mano.

—¿Jim? ¡Ah, sí! —dije, volviendo de nuevo a la realidad. Miré hacia el lecho, donde mi compañero yacía en un estado casi catatónico—. Hola, Jim.

—Hola —tartajeó Stone, sin mirarme siquiera.

—Está muy mal —susurró Glya a mi oído.

—Ya lo veo —dije—. ¿Ha conseguido hablar con él?

—No. Sólo le he arrancado algunos monosílabos. No sé qué le pasa, la verdad. El tratamiento que le han aplicado es correcto y debiera de haber vuelto a la normalidad.

—¿Ha visto usted a Vega? —pregunté súbitamente.

Los negros rizos de Glya se agitaron.

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Vinimos juntos y nos alojamos en el mismo hotel. Al despertar, a la mañana siguiente, me encontré una nota, en la cual me decía que volvería por la noche. Pero ya han transcurrido dos días y todavía no ha dado señales de vida. Como habíamos convenido visitar juntos a Stone, se me ocurrió que tal vez podría estar aquí.

—Lo siento, señor Preston…

—Ralph —la interrumpí—. Podemos dejar las ceremonias a un lado.

—Como quieras —dijo Glya—. Repito que no la he visto ni tenía la menor noticia de ella hasta que tú me lo has dicho.

Me pellizqué los labios, sumamente pensativo.

—Esto empieza a preocuparme —dije—. Temo que le haya ocurrido algo. Los Sfinx… Glya, ¿sabes que matamos a uno en Júpiter?

—No, no tenía la menor idea.

Miré de nuevo al yaciente.

—Cuando tú estuviste en la estación, ¿viste algunas señales de

los Sfinx?

—Ciertamente, no; lo cual no significa que no hubieran estado antes que yo.

—Glya —dije—, no quisiera ofenderte, pero… por favor, dime qué observaste en Jim cuando lo viste por primera vez.

La joven pareció concentrarse en sí misma.

—Me dio la sensación de que estaba terriblemente inquieto. Traté de hablarle, pero él ni siquiera me permitió entrar en la estación.

—Es muy posible que no haya sido solamente tu aparición la que le volvió loco —murmuré—. Quizá divisó a algún Sfinx y esto trastornó su mente, aunque no hasta el punto de hacerle perder totalmente el juicio. Tu aparición, después de los Sfinx que vio, fue lo que terminó de sumirle en la locura. Debió de ser un contraste terrible entre la horrible fealdad de los monstruos y, no es hipérbole, tu esplendente hermosura. Por eso sólo mencionó la aparición de una sirena y no dijo nada de los Sfinx.

—Es muy posible —admitió Glya—. Pero he tratado de interrogarle a fondo y no me ha respondido más que con monosílabos.

—¿Es que piensas que vio algo interesante?

—Creo que sí, aunque no podría afirmarlo. De todas formas, por poco que hubiera visto, con tal de que nos lo contase, tendríamos bastante camino adelantado.

—Ciertamente —convine—. Bueno, de todas formas, no hay que olvidar una cosa, Glya, y es que tú terminaste de desquiciar su cerebro. Vamos a ver si yo consigo algo más. Recuerda que él y yo éramos muy amigos y, a fin de cuentas, está habituado a verme.

—De acuerdo. Haz lo que puedas, Ralph.

Me acerqué al lecho y puse una mano sobre el hombro de mi amigo.

—Hola, Jim —dije.

El enfermo me dirigió una mirada opaca.

—Hola —contestó con voz neutra.

—Jim, viejo amigo —dije—. Recuerda. Soy yo, Ralph Preston. ¿Ya me has olvidado?

—Ralph Preston —repitió Stone con voz monótona.

—Sí, tu compañero en el cuerpo de observadores espaciales. El

tipo que te birló aquella rubia tan estupenda que te traía chinado. ¿Ya no te acuerdas de Gizzy Tueson?

—Gizzy Tueson —repitió el enfermo en el tono opaco que le era habitual.

Con gesto desesperanzado me volví hacia Glya.

—Está perdido —dije—. No podemos hacer nada por él.

Glya hizo un ademán de desaliento.

—Tendremos que marcharnos de aquí —manifestó—. Es de todo punto imperativo que encontremos a Vega.

—Sí, es verdad. Ya no podemos hacer nada por el pobre Jim, y ahora lo que más importancia tiene para nosotros es encontrar la bomba-madre. Hemos de hallarla y desarmarla, porque si no…

Glya lanzó de pronto un agudo grito.

—¡Ralph!

La miré. Sus ojos estaban dilatados por el terror.

Me encontraba de espaldas al lecho. De pronto oí un ruido extraño, como el de una sábana al rasgarse violentamente.

Giré en redondo sobre mis talones y entonces sentí que se me helaba la sangre en las venas al enfrentarme con aquella visión.

Jim Stone ya no estaba allí. En su lugar había surgido un horrendo monstruo, idéntico en todo al que Vega había matado en la superficie de Júpiter, el cual, en aquellos momentos, estaba desplegando sus horribles miembros articulados, con la intención de atraparme con ellos y darme muerte.

Las antenas del Sfinx vibraban rapidísimamente, al mismo tiempo que salía de su boca un chirrido de estridentes notas. Por puro instinto di un salto atrás, evitando así un manotazo del Sfinx, el cual, de alcanzarme, me habría abierto la garganta.

Me vi perdido. Ya no tenía tiempo de sacar la pistola que tenía en la bolsa y que, atendiendo a los consejos de Vega, llevaba conmigo. Pero en aquel momento, cuando más crítica era mi situación, un rayo de luz deslumbradora cruzó la estancia, alcanzando el centro del cuerpo del Sfinx.

El espeluznante ser cayó fulminado al suelo. Glya aparecía terriblemente pálida, pero aun así tuvo la serenidad de seguir apretando el gatillo de la extraña pistola empuñada, con cuyo haz de rayos, de intensísima luminosidad, recorrió el cuerpo entero del Sfinx.

Al terminar, el Sfinx había desaparecido por completo y sólo restaba de él una apestosa nube de humo gris verdoso, que el purificador de aire disipó en pocos instantes. Una mancha oscura quedó en el suelo, pero no podíamos entretenernos en borrarla.

Sentí que las rótulas de mis piernas entrechocaban varias veces. Estoy seguro que mi rostro parecería el de un difunto. En cambio, Glya se recuperaba con mayor rapidez.

—¡Es horrible! —dije—. ¿Cómo pudo ocupar el Sfinx el lugar de Jim Stone?

—Algún Sfinx tomó su puesto, sabiendo que el auténtico Stone era interrogado con mucha frecuencia por los oficiales del Servicio de Información Espacial —contestó Glya—. Éste es un sitio donde un Sfinx puede oír muchas cosas, Ralph.

—Es cierto —contesté—. Y ahora, ¿dónde estará el pobre Jim?

Glya hizo un gesto ambiguo.

—Lo más probable es que ya no lo vuelvas a ver, Ralph.

—Sí —acepté la trágica verdad—. Ya no lo volveré a ver más. Sin embargo, me gustaría saber qué es lo que le hizo perder su falsa apariencia y recobrar la auténtica.

—Supongo que Vega te lo habrá explicado. Mantenía la apariencia de Jim Stone por la tensión mental con la cual sujeta las moléculas y átomos de su cuerpo, pero cuando mencionaste nuestra obligación de destruir la bomba-madre, quiso matarnos a nosotros. Esta idea obsesa le hizo aflojar la tensión y entonces las moléculas y átomos que componen su cuerpo recobraron su posición normal.

—Entiendo —dije—. De todas formas, aquí ya no podemos estar. Glya —pregunté—, ¿cuáles son tus planes?

—Los mismos que los tuyos, hallar y destruir la bomba-madre antes de que sea demasiado tarde.

—¿No tienes alguna idea del lugar en que puede estar ubicada?

Sacudió la cabeza, agitando sus largos cabellos negros.

—En absoluto. Pero quizá la ausencia de Vega se deba precisamente a que ha estado practicando investigaciones. ¿Por qué no volvemos a tu hotel?

—Es una buena idea —convine. Miré la mancha oscura que había quedado en el suelo, después de la desintegración del Sfinx—. ¿Qué dirán cuando vean que no está Jim?

—Se preocuparán un poco, aunque menos que si conociesen

toda la verdad de lo que sucede.

Me estremecí.

—Sería espantoso que cundiese el pánico, Glya.

—Para eso estamos aquí nosotros —exclamó ella con acento de convicción—. Pero cuanto más tardamos, tanto más disminuyen nuestras posibilidades de ganar la partida. Vamos, Ralph.

Ella se tomó de mi brazo con gesto enteramente natural, lo cual me produjo un delicioso hormigueo en todo el cuerpo. Salimos de la habitación, luego del Sanatorio y pocas horas después llegábamos al hotel.

Vega nos esperaba, terriblemente impaciente. Al verme, corrió hacia mí y saltó a mi cuello con ansia no disimulada.

CAPÍTULO VIII



El beso que me propinó Vega me dejó sin respiración. No soy hombre que se turbe en una circunstancia semejante, pero, aparte de que el gesto me gustó sobremanera, Glya estaba presente y ello, sin dejar de agradarme, me molestó un tanto.

—Querido —exclamó Vega con apasionada vehemencia—, ¿dónde has estado? ¿Por qué no hiciste caso de mis indicaciones?

—Bueno, es que tú dijiste que tardarías un día y éste se ha convertido en tres —respondí. De pronto me acordé que Glya estaba a nuestro lado—. ¿No le dices nada a tu amiga?

—Hola, Glya —saludó Vega con displicencia.

—¿Qué tal? —contestó Glya en el mismo tono.

Torcí el gesto. Si aquellas dos beldades iban a rivalizar por mí, estábamos perdidos.

—Será mejor que nos dejemos de circunloquios, Vega —corté la tensión del momento—. ¿Qué has averiguado por ahí?

—Sólo una cosa, aunque muy interesante. He descubierto un lugar donde se reúnen los Sfinx.

Glya lanzó una aparatosa y genuina exclamación de asombro.

—¿Es eso cierto? —preguntó.

—Positivamente —aseguró Vega con toda seriedad—. Luego os diré dónde está, pero, mientras tanto, me gustaría saber qué es lo que habéis hecho vosotros.

—Un momento —dije—. En lo que a mí respecta, no diré una sola palabra si antes no como algo. Estoy desfallecido de hambre.

—Yo también tengo ganas de cenar —manifestó Glya.

Vega se acercó al interfono.

—Pediré cena para vosotros dos. Yo ya lo hice antes.

Un cuarto de hora más tarde, Glya y yo estábamos sentados frente a frente, devorando con magnífico apetito una copiosa cena. Glya parecía, en efecto, una sílfide, pero a la hora de comer no mostraba remilgos de ninguna clase. Al fin, cuando el camarero se hubo llevado el servicio, llegaron las horas de las explicaciones.

—He tenido que dar muchas vueltas por ahí —manifestó Vega. Se tocó el detector que llevaba pendiente del cuello—. Pero este aparatito me resultó de suma utilidad.

—De modo que localizaste el cuartel general de los Sfinx —dijo Glya.

—Así es, aunque no todavía el lugar donde han instalado la bomba-madre.

—¿Son muchos? —pregunté.

—Yo vi como unos quince o veinte, todos ellos, naturalmente, bajo formas humanas. En realidad, no creo que en la Tierra haya más del doble de este número.

Miré a Glya. La morena parecía pensativa.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Aparentemente, se trata de una fábrica de emisores y receptores de radio, bajo el nombre comercial de «Urania Radio, Inc.». Está situada al final de la calle 227.

—Es el método más lógico para encubrir sus verdaderas actividades —comenté. Y añadí—: Supongo que en estos momentos volar la fábrica sería lo más conveniente, ¿no os parece así?

—Yo diría que sí —respondió Vega—, aunque, en mi opinión, no deberíamos hacer nada sin antes haber atrapado a un Sfinx para

someterle a interrogatorio.

Con gesto pensativo me acaricié lentamente la mandíbula.

—Diablos —mascullé—, la idea no me seduce en absoluto. Cada vez que pienso en el pobre Jim Stone…

—¡Stone! —exclamó Vega—. ¿Qué le ha sucedido?

—Era un Sfinx —contestó Glya sosegadamente—. Tuve que matarle.

Los ojos de Vega demostraron el asombro que sentía al conocer la inesperada noticia.

—Jim Stone… un Sfinx… —dijo—. No puedo creerlo.

—Pues ya puedes pensar en ello como la expresión de la pura verdad —manifesté—. Gracias a Glya, que reaccionó rápidamente, estoy todavía con vida. Si me descuido, el Sfinx me rebana el pescuezo.

Vega dirigió a Glya una mirada de agradecimiento.

—Te estoy muy reconocida —dijo.

—No tiene importancia —contestó la sílfide. Y en tono natural, preguntó—: ¿Te has enamorado de Ralph?

Vega se sonrojó, a la vez que bajaba púdicamente los ojos.

—No hagas preguntas personales, Glya —contestó modosamente.

Glya me miró a mí. Creí captar una irónica expresión en su rostro, lo cual me hizo sentirme un tanto molesto.

—Está bien —rezongué—. Creo que éste no es el momento ni el lugar más adecuado para hablar de sentimientos personales. Hay cosas que nos interesan más. Por ejemplo, el cuartel general de los Sfinx. ¿Qué hacemos?

Vega pareció reflexionar un momento.

—Si pudiéramos atrapar a uno y someterte a un interrogatorio… —dijo.

—Yo podría encargarme de ello —expresé.

Las dos jóvenes me miraron.

—¿Cómo piensas hacerlo? —preguntaron casi a dúo.

Reflexioné un momento.

—¿Has visto si hay entre los Sfinx alguno con figura de mujer joven y atractiva?

—Sí, varios —respondió Vega.

—Bueno, se trata solamente de buscar una «muchacha»

adecuada, conquistarla… y el resto es fácil de imaginar.

—¿Adónde la conducirías, una vez que hubieras conseguido entrar en relación con ella? —inquirió Glya.

—Creo que eso os compete más a vosotras dos —dije—. Nadie podría mejor que vosotras indicarme el lugar del interrogatorio. Aunque —añadí—, supongo que será un sitio donde pueda hacerse sin temor a estorbos y, a juzgar por lo que he podido deducir, con instrumentos adecuados, ya que me imagino que, en cuanto sea atrapado, el Sfinx relajará su tensión mental y perderá la forma que tiene en la actualidad.

—En mi nave —dijo Vega rápidamente.

Miré a Glya. Ella dio su asentimiento.

—Buena idea —aprobó—. ¿Cuándo empiezas a actuar, Ralph?

—Mañana mismo. No podemos perder tiempo. —Me volví hacia Vega—. ¿Cuál es el horario de la fábrica?

—De nueve de la mañana a dos y media de la tarde.

—A las dos y media en punto estaré en la salida —afirmé. Y acto seguido, me puse en pie—. Glya, te dejaré con Vega. Yo pediré otra habitación.

—De acuerdo —contestó la hermosa morena.

Recogí mis prendas de dormir y el cepillo de dientes. Vega me acompañó hasta la puerta, que cerró a fin de que Glya no pudiera ver nuestra despedida. No obstante, antes de que la puerta se cerrase, pude divisar a Glya, de pie en el centro del salón, con la barbilla apoyada en una de sus manos y contemplándonos con una expresión indefinible, que me dio mucho que pensar.

Pero casi inmediatamente, sentí en torno a mi cuello los brazos de Vega.

—Cariño —dijo en tono susurrante—, ¿te has enfadado por lo que dije antes?

—¡Qué tontería! —Sonreí—. Eres una chica muy guapa…

—Glya lo es mucho más —alegó Vega quejumbrosamente.

—La belleza física no lo es todo —contesté. Y su rostro resplandeció con una maravillosa sonrisa.

—Ya sé que no soy una belleza, pero prometo quererte mucho, mi vida —exclamó. Y luego me atizó otro beso que me dejó temblando.

Aquella noche tardé bastante en dormirme. Ciertamente, tenía

muchas cosas en qué pensar, y no solamente en la extraordinaria aventura en que me había embarcado, la cual, a veces, creía era un sueño, sino en la inesperada complicación que había venido a crearme el repentino enamoramiento de la encantadora Vega.

Lo que más me preocupaba no era ya que Vega se hubiese chiflado por mí, sino los sentimientos que yo podía albergar hacia ella. ¿La quería? ¿No la quería? Allí estaba yo, en mi lecho, deshojando la margarita de la incertidumbre, no sólo en lo inmediato, sino también en lo que se refería a un futuro más lejano. Suponiendo que triunfásemos en la lucha que teníamos entablada con los Sfinx, imaginando que todo acabase bien, ¿qué haría yo al terminar aquella aventura? ¿Marcharme con Vega a su planeta?

Conocer un mundo distinto al mío no era cosa que me disgustase; antes bien, me agradaba muchísimo la idea, pero lo que ya no me agradaba tanto era el pensamiento de que no estaba totalmente seguro de mis sentimientos hacia Vega. Y no era porque Glya hubiera surgido en el horizonte, pues a pesar de que era una espléndida mujer en todos los sentidos, Vega no le cedía apenas en hermosura, pese a sus quejas de fealdad. Pero no es sólo lo físico lo que interesa a un hombre sensato cuando piensa uncirse al yugo del matrimonio. Y aunque apreciaba mucho a Vega, no estaba seguro de que ella fuese la mujer que me convenía para vivir siempre a su lado. A menos que terminase enamorándome de ella, el conflicto no tardaría en surgir. Y, ¿qué es lo que hace una mujer despechada? Menos resignarse, cualquier cosa. Esa frase: «cualquier cosa», me ponía los pelos de punta.

Al fin, conseguí conciliar el sueño. Y al otro día, a las dos y media en punto, tal como habíamos acordado, inicié mi campaña de acercamiento a las chicas que trabajaban en la «Urania».

La fábrica era un edificio pequeño, moderno, muy bien construido, situado en un espacio despejado al final de la calle 227. Para la ocasión me había provisto de un coche último modelo, sostenido por antigravedad tan sólo a unos centímetros del pavimento. A las dos y media se abrió la puerta y vi que empezaban a salir los empleados de la fábrica, mezclados los de ambos sexos.

Una de las últimas en salir fue una chica muy bonita, de cabellos castaños y tipo escultural, que me pareció podría servir para nuestro objetivo. La mayor parte de los empleados marcharon en

sus respectivos coches y otros, entre ellos la chica del pelo castaño, usaron las aceras rodantes.

La muchacha caminó unos cincuenta metros y luego, tras despedirse de uno de sus compañeros de trabajo, se desvió hacia la derecha, tomando por la calle transversal más próxima. Entonces puse en marcha el coche y me deslicé suavemente hasta situarme a su altura.

Pasé por su lado sin prestarle la menor atención. Había que hacer las cosas bien, de modo que los Sfinx no sospecharan nada en absoluto.

Súbitamente, mi coche sufrió una «avería». Perdí por unos momentos la dirección y tracé unas cuantas eses, hasta caer de golpe junto a la acera, a pocos pasos de distancia de la muchacha. Ella corrió instintivamente hacia mí.

—¿Se ha hecho daño, caballero? —preguntó.

Fingí estar aturdido por el golpe.

—No sé —contesté—. Sufrí un momentáneo desvanecimiento… Quizá tengo algo baja la tensión sanguínea. Es cosa que suele pasarme con relativa frecuencia. —Hurgué en mis bolsillos—. El caso es que olvidé unas pastillas que tomo para este defecto…

—¿Quiere que le busque una farmacia? —se ofreció amablemente. Para ser un Sfinx, se mostraba bastante solícito.

—No… no, gracias —contesté—. Mi casa no está lejos…

—Entonces, si no le importa, le acompañaré. Déjeme su sitio; yo conduciré el coche. Usted no está en condiciones de hacerlo.

—Es usted muy amable, señorita…

—Trevor, Rosa Trevor —contestó ella.

—Ralph Preston —me presenté, echándome a un lado. Rosa ocupó mi puesto y manejó los controles a la perfección.

—Haga el favor de indicarme dónde vive, señor Preston.

—Siga recto durante tres manzanas y luego tuerza a la izquierda. No sé cómo dar las gracias…

—No se preocupe —sonrió Rosa—. Es mi obligación hacerlo, señor Preston.

Unos minutos después, el coche se detenía ante una casa cuya dirección me había facilitado previamente Vega y que ellas habían tomado en alquiler, con objeto de trabajar mejor con el Sfinx. Después de algunas discusiones, habíamos acordado que lo más

conveniente sería no acercarnos a su astronave sino en caso de verdadera necesidad.

La casa era de una sola planta y estaba rodeada por un pequeño jardincillo muy bien cuidado. Fingiendo que me costaba bastante trabajo, me apeé del soche. Rosa corrió a ayudarme y, apoyado en ella, recorrí el enarenado sendero que conducía a la puerta del edificio. Procuré pensar cualquier cosa que no tuviese relación con los Sfinx; tan sólo la idea de que aquel brazo que me sostenía podía convertirse de repente en un horripilante miembro con tres o cuatro articulaciones me ponía los pelos de punta.

Al fin llegamos a la puerta. Rosa tocó el timbre y unos segundos después, Vega aparecía ante nosotros.

La muchacha fingió una enorme sorpresa.

—¡Ralph! ¿Qué es lo que te ocurre? —exclamó.

—Sufrí un mareo… y esta linda señorita… se ofreció a acompañarme. Te presento a la señorita Rosa Trevor… Mi… mi esposa —mentí.

—¿Qué tal, señorita Trevor? —saludó Vega cordialmente.

—Encantada, señora Preston —contestó la muchacha.

—Pase, pase, por favor. Ha sido usted muy amable al traer a mi esposo a casa. Seguro que se ha olvidado las pastillas para su presión arterial, ¿verdad? —Vega me cogió por el otro brazo, al mismo tiempo que me lanzaba una significativa mirada.

Penetramos en el vestíbulo. Entonces, repentinamente, apareció Glya con aquella extraña pistola en la mano y apuntó con ella a Rosa Trevor.

—Cuidado, Sfinx —dijo en tono amenazador—. No te muevas o te convierto en polvo.

Rosa lanzó un agudo grito de espanto.

—¿Qué es esto? ¿Adónde me han traído? —chilló.

—Demasiado lo sabes —dije, soltándome de ella y lanzándola de un fuerte empujón sobre un diván—. No te hagas el ingenuo, maldito Sfinx. Te hemos traído aquí para que nos digas cuál es el exacto emplazamiento de la bomba-madre con la cual queréis volar el Sistema Solar.

Después de aquellas frases, un ominoso silencio descendió sobre el vestíbulo. Yo me retiré unos pasos, contemplando fijamente a la muchacha, temeroso de su súbita vuelta a su estado primitivo. La

pistola desintegrante de Glya le apuntaba rectamente al cuerpo.

Pero no ocurrió nada. Rosa Trevor se mantuvo bajo la misma apariencia, mientras nos contemplaba con ojos en los que aparecía una expresión de asombro y terror al mismo tiempo.

CAPÍTULO IX



urante unos momentos, reinó entre nosotros un absoluto y desconcertado silencio.

—¡No es un Sfinx! —exclamó Vega, al cabo.

Pero no por ello Glya bajó la pistola.

—Eso lo vamos a ver ahora mismo —dijo—. Póngase en pie inmediatamente, señorita Trevor. Una sencilla prueba será suficiente para saber la verdad.

—¿Qué es lo que pretenden de mí? —preguntó la muchacha. Estaba sinceramente aterrorizada y si era un Sfinx, resultaba preciso convenir que fingía maravillosamente.

—Póngase en pie —repitió Glya—. No le haremos el menor daño, a menos que sea absolutamente preciso, se lo garantizo.

—Obedezca, Rosa —intervine yo, empleando, al hablar, el tono más persuasivo que supe hallar—. Le doy mi palabra de que no tenemos la intención de causarle ningún perjuicio.

La chica se puso en pie, sin abandonar del todo sus aprensiones.

—De usted me fío —dijo—, pero de estas dos brujas…

—¡Bruja yo! —refunfuñó Vega.

—Cállate —ordené perentoriamente. Tomé a Rosa por el brazo y miré a Glya—. ¿Qué es lo que piensas hacer con ella? Has prometido no causarle ningún daño, recuérdalo.

—Y cumpliré mi promesa —reafirmó Glya—. Venga conmigo, señorita Trevor.

Glya caminó hacia una habitación vecina y nosotros la seguimos. Pude ver, sobre la mesa que había en el centro, algunos extraños aparatos, uno de los cuales me pareció algo así como un proyector de películas cinematográficas. También divisé un minúsculo detector como el que Vega usaba corrientemente, así como una caja abierta en la cual vi una serie de objetos que me parecieron instrumentos médico-quirúrgicos, pero que tenían una forma completamente nueva para mí.

—Cierra las ventanas, Vega —ordenó Glya.

La oscuridad se cernió sobre nosotros. Glya hizo algo, no sé qué, y las tinieblas desaparecieron, siendo sustituidas por un verdoso resplandor que confería a nuestros rostros un aspecto espectral.

—Por favor, señorita —dijo Glya—. Siéntese aquí y no tema en absoluto.

—Pero ¿quiénes son ustedes? ¿Qué pretenden de mí? —preguntó Rosa temerosamente.

—Una vez más le he de decir que no vamos a causarle ningún daño. —Glya soltó una fabulosa mentira—. Pertenecemos a un Servicio Especial de Información y estamos realizando determinadas comprobaciones. Parece ser —añadió volublemente—, que en la fábrica donde usted está empleada, se han filtrado algunos saboteadores que pretenden trastornar las líneas de comunicaciones interespaciales y es por ello que estamos procurando descubrirlos. Por supuesto, lo que ha visto y oído y lo que va a suceder debe permanecer en el más absoluto secreto, señorita Trevor.

—Ah —exclamó confiadamente la muchacha—, deben de ser esos Sfinx de que ustedes hablaban antes.

—Así es —manifestó Glya sin inmutarse—. Hablando claro, es una organización que por medios violentos pretende derrocar el gobierno. Naturalmente, nosotros estamos empeñados en evitarlo y es por eso que la hemos traído aquí.

—Pero yo no soy un Sfinx —alegó ingenuamente Rosa.

—Ya lo sabemos. No obstante, ha de permitirnos que hagamos una comprobación de rutina. No se mueva, por favor.

Glya había continuado actuando mientras hablaba. Al terminar sus últimas palabras, presionó un botón situado en uno de los costados del reflector y luego tomó algo que parecía una paleta de vidrio deslustrado, de unos treinta centímetros de largo por veinte de ancho. Colocó la paleta a espaldas de Rosa y observó el resultado durante unos instantes, mientras hacía ascender y descender suavemente la paleta, a lo largo de la espalda de la muchacha y a unos centímetros de distancia de la misma.

En resumen, el aparatito era un radioscopio. Pude ver claramente los huesos del tórax así como los movimientos del corazón de Rosa, lo cual, a mi juicio, indicaba sobradamente que se trataba de un ser humano terrestre.

Glya debió de pensar lo mismo que yo, porque, al cabo de un minuto de atenta observación, dijo a Vega que abriese las ventanas. Tocó un par de controles y suspendió la acción del aparato de rayos X.

—Ahora —dijo—, nos permitirá usted tomarle una muestra de sangre, señorita Trevor.

—¿Sangre? —exclamó Rosa, atónita.

—Sí —contestó Glya, sonriendo dulcemente—. Los Sfinx pertenecen a un grupo fanático, en los cuales se ha desarrollado un nuevo tipo de glóbulos sanguíneos, por cierto muy escasos hasta ahora, pero que les hace adoptar tesis racistas extremas. Cuestión de rutina meramente, señorita Trevor. Una vez le haya extraído la muestra, podrá marcharse.

Rosa Trevor asintió con sonrisa desvaída. Glya le tomó la muestra, después de lo cual le indicó que ya estaba libre de marcharse adonde quisiera.

—Y, sobre todo, por favor, le encarecemos el más absoluto secreto. Ésta es una cuestión delicadísima que no debe trascender al público. ¿Me ha comprendido usted, señorita Trevor?

—Sí, por supuesto —contestó ella.

Me lanzó una mirada de carnero degollado y se marchó, bastante asustada, pero contenta, en medio de todo, de ver que no había sufrido daño alguno. Al cerrarse la puerta, Vega corrió

impetuosamente hacia Glya.

—Tenemos que marcharnos de aquí —exclamó con vehemencia —. No estoy muy segura de que esa muchacha se haya tragado la sarta de fábulas que le has contado.

Glya frunció el ceño, mientras manipulaba con las muestras de sangre que había obtenido de Rosa Trevor.

—Es una terrestre —dijo, sumamente pensativa—, no cabe la menor duda.

—¿Lo dices porque no ha reaccionado, como el falso Jim Stone, al oír lo de la bomba-madre? —pregunté.

—Eso, por un lado; por otro, está el examen radioscópico…

—Pero si tiene nuestro aspecto físico, es lógico que aparezca en la pantalla con todas las características internas de un ser humano —argüí.

Glya meneó la cabeza.

—No, Ralph. Imagínate que a ti se te ocurre disfrazarte de oso, león o cualquier otro animal de los que pueblan la Tierra. Tu aspecto externo será siempre el de ese animal, pero un examen radioscópico demostraría sin lugar a duda que eres un hombre, ¿comprendes?

—Eso significa que la cualidad polimórfica de los Sfinx se refiere solamente a la configuración externa —dije.

—Exactamente. Y aunque, por pura precaución, voy a examinar las muestras de sangre, estoy convencida de que Rosa Trevor no es un Sfinx.

—Sí, pero date prisa —exclamó Vega—. Si a esa chica se le ocurre ir con el cuento a la policía…

—No temas —contestó sosegadamente Glya—. No dirá nada de nosotros.

Mientras Glya terminaba su trabajo, yo me encaré con Vega.

—¿Cómo supiste tú que la «Urania» es el cuartel general de los Sfinx? —le pregunté.

Ella señaló el detector que llevaba pendiente del cuello.

—Esto me lo señaló.

—¿Estuviste sobrevolando la ciudad?

—Sí. Alquilé un helicóptero turístico y durante esos tres días me dediqué a buscar a los Sfinx. Al fin logré situarlos y…

La voz de Glya interrumpió sus palabras.

—¡Es una humana, no cabe la menor duda! ¡Mirad!

Glya nos enseñó un pequeño microscopio portátil, en cuya platina había situado una plaqueta con las muestras de sangre de Rosa Trevor.

No soy un experto, pero me bastó una sola mirada para comprender que aquello que estaba viendo procedía de las venas de un ser humano.

Glya se quedó muy pensativa después de que Vega y yo hubimos visto las muestras del microscopio. Fue Vega quien la sacó de su abstracción, tocándola en un brazo.

—Vámonos, Glya, pronto, antes de que venga la policía.

—Está bien —contestó la bella morena, empezando a recoger sus cosas. Movió la cabeza—. No acabo de entenderlo, la verdad.

—Quizá los Sfinx tienen empleados a seres humanos auténticos y yo he tenido la mala suerte de atrapar a uno de los pocos que trabajan en la «Urania» —dije.

—Es posible —convino Glya con un suspiro—. Vámonos.

* * *

Aquella misma noche, pasadas las doce, salí del hotel y alquilé un taxi. Hice que me llevase a la calle 227, a dos manzanas del lugar donde estaba situada la fábrica de aparatos de radio.

Por precaución, llevaba un revólver en el bolsillo trasero de los pantalones, pero estaba dispuesto a no emplearlo más que en caso de verdadera urgencia. Si me sucedía algo y me identificaban, me vería metido en un verdadero lío. Cualquiera les explicaba que el tipo que estaba en el observatorio espacial era un robot con mi figura, y no yo. En tal caso, no habría quien me salvase de diez años de cárcel, por lo menos.

Caminé a pie el resto del trecho que me faltaba para llegar a la fábrica. Una vez que la tuve ante mis ojos, me detuve unos momentos en una esquina, con el fin de observar detenidamente el terreno.

La calle 227 terminaba en el campo y la fábrica era uno de los últimos edificios. La fachada daba a la calle, pero por la parte posterior tenía adosado un pequeño jardín. Después de un rato de cavilar, llegué a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era

atacar por el jardín.

Rodeé la manzana y me situé en la parte posterior del edificio. El jardín estaba rodeado por una tapia de dos metros y medio de altura. Tomé carrerilla, salté y me icé a la barda del muro, dejándome caer enseguida al otro lado y agazapándome entre unos arbustos antes de continuar mi camino. Escuché durante unos minutos. No se oía otro ruido que el tenue susurro del viento al agitar las hojas de los árboles. Al cabo de un rato, convencido de que no había nadie, me incorporé y reanudé mi camino.

Me deslicé sigilosamente bajo las copas de los árboles, hasta llegar a la pared del edificio. Aunque había bastante oscuridad, pude distinguir la mancha de una puerta, destacando contra la relativa claridad del muro. Tanteé la madera pulimentada hasta encontrar la cerradura.

Hurgué en mis bolsillos. Saqué un trozo de alambre, doblado en ángulo recto y con la extremidad aplanada a golpes de martillo. Lo inserté en la cerradura y estuve manipulando durante unos momentos hasta sentir el «click» indicador de que tenía franco el paso.

En silencio, empujé la puerta, sintiéndome un ladrón. Cerré a mis espaldas y saqué una minúscula linternilla, empecé a recorrer lentamente las distintas naves de la fábrica. En muchas cosas podrían engañarme, pero no en aquélla, que era precisamente mi especialidad.

Durante largo rato, estuve examinando los aparatos que había sobre los bancos de trabajo. No cabía la menor duda; eran emisores y receptores de radio. Al menos, no podía decirse que los Sfinx no habían sabido enmascarar bien sus actividades. Y, ¿no tenía que lanzar la bomba-madre una señal radiada que pondría en el disparadero todas las demás bombas, provocando de un solo golpe el incendio del Sistema Solar? ¿Era en aquella fábrica donde se construiría el emisor que en el momento adecuado habría de dar la señal?

Durante más de una hora estuve recorriendo las naves de trabajo, sin encontrar nada que confirmara las manifestaciones de Vega. Quizá, pensé, la fábrica no era más que la tapadera de sus actuaciones y ni siquiera era allí donde preparaban lo necesario para la explosión de la bomba. Finalmente, cuando no me quedaba

otro lugar que examinar, reparé en que había olvidado el departamento destinado a oficinas.

Éste se hallaba en el primer piso, al final de una escalera de quince o veinte peldaños. Ascendí cuidadosamente, alumbrándome con la lamparita, hasta penetrar en un despacho de no exageradas dimensiones y de apariencia más bien corriente. No pude ver en él nada que saliera de lo normal; un par de mesas, otras tantas máquinas de escribir, un emisor y receptor de mensajes comerciales, una calculadora automática, un par de armarios-fichero y una puerta que, ya abierta, vi que daba a un cuarto de aseo. En fin, lo ordinario en estos sitios. Hurgué algunos minutos en los archivos, convenciéndome de que, al menos en apariencia, las actividades de los Sfinx no podían ser más innocuas. A menos que se derruyera la fábrica hasta los cimientos, no podría hallarse nada que demostrara cuál era la verdadera razón de la presencia de los Sfinx en la Tierra.

Consulté el reloj. Eran ya cerca de las tres de la madrugada, lo cual me dijo que en dos horas más habría luz diurna. Me disponía a retirarme cuando, de repente, escuché un leve rumor de pasos en la escalera que accedía al despacho.

Corrí hacia la puerta de entrada y me situé a un lado de la misma, con el revólver en la mano, dispuesto a todo. Cada vez que pensaba en aquellos horribles monstruos, se me ponían los pelos de punta, pero, al mismo tiempo, sentía cierto consuelo, pues los sabía perfectamente vulnerables a un buen pedazo de plomo.

Los pasos se acercaron cautelosamente. Una silueta humana asomó por la puerta. Sus contornos se recortaron claramente ante mis ojos, al hallarse situada al relativo contraluz de una ventana situada en el lado opuesto. Bajé el brazo con el cual me disponía a descargar un golpe contra el intruso y dije:

—¿Qué tal, Glya?

CAPÍTULO X



a guapa morena se volvió rápidamente, a la vez que lanzaba un chillido de susto.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Preston. —Con la mano izquierda me alumbré un instante el rostro, lanzándome un rápido destello de la linterna, que apagué enseguida.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ralph? —preguntó ella, después de exhalar un audible suspiro de alivio.

—Más o menos lo mismo que tú. Es decir, investigando.

Los blancos dientes de Glya destellaron en la oscuridad.

—Hemos tenido la misma idea —comentó ya más tranquila.

—Pero no he encontrado nada que valga la pena. Ésta es una auténtica fábrica de instrumentos de radio, pequeña, pero muy bien montada. Es todo lo que puedo decirte… a menos que Vega —concluí— haya sufrido un error.

—No. Es una chica muy inteligente. No habría dicho que esto es

el cuartel general de los Sfinx si no fuese verdad.

—¿Entonces?

Glya miró en todas direcciones.

—No lo sé —contestó—. Por primera vez en mucho tiempo, me encuentro bastante desconcertada.

—Cuando Vega me enseñó a desarmar la bomba en Júpiter, pude darme cuenta que ésta se encontraba enterrada a muy poca profundidad de la superficie —dije—. ¿No podría ocurrir que la que buscamos estuviera situada debajo del suelo de la fábrica?

—Es posible, aunque, en tal caso, mis detectores la habrían señalado indefectiblemente.

—Lo cual quiere decir que los Sfinx trabajan aquí de una manera absolutamente normal para mejor pasar desapercibidos.

—Seguramente —dijo ella.

Dejé caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—Entonces, aquí no pintamos nada, Glya. Lo mejor será marcharnos.

—Desde luego —accedió la joven—. Vámonos.

Descendimos la escalera. Ella disponía también de una linterna que proyectaba un haz de luz muy estrecho. De pronto, al pasar por uno de los bancos de trabajo, se detuvo con gesto de sorpresa.

—¿Qué es esto? —preguntó.

Examiné el aparatito sobre el cual incidían los rayos luminosos de la lámpara.

—Un condensador —dije.

Glya pareció súbitamente preocupada.

—Un condensador —repitió. Lo tomó con una mano, mientras lo examinaba cuidadosamente—. Tiene la forma externa, en efecto, pero… Tómalo, Ralph. ¿No te parece que pesa demasiado?

Efectivamente, Glya tenía razón. El condensador pesaba el doble de lo normal.

—Aguarda un momento —dije. En el banco busqué un destornillador y unos alicates y empecé a trabajar, mientras ella me alumbraba con la linterna.

El condensador quedó desarmado en unos momentos. Me asombré de la perspicacia de Glya, que había descubierto que el condensador no era tal apenas con mirarlo.

El aparatito contenía en su interior una minúscula cajita de unos

dos centímetros de largo, por uno de ancho y medio de grueso. Era de un metal oscuro y brillante y una de sus caras estaba sembrada de puntitos de otro metal parecido al níquel, de un diámetro de dos décimas de milímetro y situados en lo que parecía un bien desorganizado orden, valga la paradoja.

—Vega tenía razón —dijo Glya, levantando con dos dedos el aparatito, para que yo pudiera contemplarlo a placer—. Aquí es donde los Sfinx preparan su bomba; mejor dicho, la espoleta y la estación emisora que pondrá en funcionamiento las bombas restantes.

—Entonces —dije yo, señalando el artefacto—, eso debe de ser alguna pieza de la bomba.

—Sí. —Glya me entregó la linterna—. Sostenla un momento.

Tomó un destornillador y presionó con fuerza, hasta hender el aparato por mitad, a lo largo, dejando ver un impresionante conjunto de finísimos hilos de platino. Glya exhaló un suspiro de satisfacción.

—Esto es parte de uno de los circuitos de contacto de la bomba —dijo.

—¿Se necesitan muchos? —pregunté.

—Pues sí, bastantes. Tienen que ir colocándolos según un orden preestablecido y, además, cada parte del circuito es distinta, aunque un profano no sabría adivinar la diferencia.

—Y, ¿no podríamos sabotearles los circuitos? Quiero decir y no sé si me entenderás, Glya, alterar la disposición de los retículos de platino de esas cajitas, procurando luego dejarlas en orden. A juzgar por lo que sé de aparatos de radio, sólo con una que estuviese estropeada, podríamos impedir la explosión.

—Resultaría difícil. Estoy segura —respondió— de que cada parte de circuito es meticulosamente comprobada antes de darle la salida de fábrica. Lo advertirían enseguida.

Saqué del bolsillo una caja de fósforos.

—Entonces, nos queda otra solución.

Glya movió la cabeza.

—Quemar la fábrica sólo servirla para retrasar sus planes, no para impedirlos, Ralph. Al cabo del tiempo, levantarían una nueva fábrica y empezarían de nuevo… y esta vez sería más difícil acercarse a ella.

—Tienes razón —concordé, bastante desanimado—. Pero es que no se me ocurre otro método…

La mano de Glya se crispó repentinamente sobre mi brazo.

—Silencio —murmuró en voz baja—. Viene alguien. Agáchate, pronto.

Nos acuclillamos al pie del banco, conteniendo la respiración. Nuevamente saqué el revólver, pero Glya me indicó con un gesto que debía abstenerme de usarlo, a ser posible. Ella abrió la bolsa que llevaba pendiente del hombro y sacó algo parecido a una pistola, que terminaba en un largo tubo cilíndrico de veinte centímetros de largo y de medio de ancho. No era la pistola con la cual había eliminado al Sfinx en el Sanatorio, lo que me dijo que Glya no era chica que dejase nada al azar.

Sonaron unos pasos que se acercaban al lugar en que nos hallábamos. De pronto, una luz se encendió en el techo, disipando parcialmente las tinieblas.

Una persona se aproximó al banco vecino al nuestro. Tuve que contenerme para no lanzar un alarido de sorpresa.

¡Era Rosa Trevor!

¿Cómo era posible que Rosa estuviera allí? Si era un Sfinx, ¿cómo había eludido las pruebas a que fuera sometida la tarde anterior?

Esto era algo que por el momento no podía adivinar, a pesar de mis esfuerzos. Sentí que mis nervios se ponían tirantes, sometiéndome a una tensión imposible de soportar. Si los Sfinx descubrían el medio de no ser detectados, ¡adiós, Tierra!

Rosa Trevor caminó seis u ocho pasos más. Entonces nos vio.

Sus ojos nos contemplaron primero con asombro y luego con odio infinito. Movió rápidamente sus brazos, como buscando un arma, pero Glya fue mucho más rápida. Se puso en pie, saltó hacia ella y apretó el disparador de su extraña pistola.

Un potente chorro de vapor blanquecino brotó por la boca del arma, alcanzando de lleno el rostro de Rosa. La muchacha se desplomó al instante, sin haber tenido tiempo de sacar el arma con que pretendía atacarnos.

Entonces ocurrió algo que me puso los pelos de punta. ¡Rosa Trevor perdió su forma y se convirtió en un asqueroso Sfinx, que yacía completamente inmóvil en el suelo!

—¡Lo has matado! —exclamé.

—No. —Glya roció de nuevo el rostro del Sfinx con otro chorro de vapor—. Es un simple anestésico. Al caer en la inconsciencia, su cerebro relaja la tensión mental con que mantiene su apariencia humana y recobra la suya propia.

—¿Y si hubiera resultado la auténtica Rosa Trevor?

Glya se encogió de hombros.

—Es una tontería especular con algo que no ha sucedido.

—Pero sí podemos hacerlo con lo que haya podido ocurrirle a Rosa Trevor. ¿Por qué ayer no dieron resultado los análisis y ahora sí?

—Por la sencilla razón de que la muchacha a quien examiné «sí» era Rosa Trevor —afirmó Glya.

—Entiendo —murmuré—. Y una vez convencidos los Sfinx de que nos habían engañado, uno de ellos tomó su verdadero cuerpo.

—Exactamente.

Miré de frente a la joven.

—Glya, dime la verdad: ¿qué ha sido de Rosa Trevor?

El bello rostro de Glya se nubló.

—Prefiero no decírtelo. Sólo espero que su muerte haya sido instantánea.

—Comprendo —murmuré. Y después de unos momentos de silencio, dije—: Bueno, ¿qué hacemos con este pajarraco?

—Llevárnoslo a la casa en que sometimos a Rosa a los análisis. Allí tengo instrumentos que me permitirán forzarle un interrogatorio.

—¡Llevarnos al Sfinx! —resoplé.

—Tengo un coche ahí afuera —dijo Glya.

—Ya me lo imagino, pero no es eso… —Miré al monstruo; aun dormido, revolvía el estómago—. ¿Qué hará cuando despierte?

—Si lo atamos bien, nada. Son mucho más fuertes que un hombre, pero, a fin de cuentas, también tienen sus limitaciones.

—¿Y si recobra de nuevo el aspecto de Rosa Trevor?

—¿Por qué iba a hacerlo, una vez que ha sido descubierto? Vamos, busca algo para atarle.

En una fábrica como aquélla no podían faltar ligaduras. Busqué y encontré un buen rollo de cable conductor, con el cual hice del Sfinx un salchichón, no sin sentir un escalofrío de repugnancia,

cada vez que tocaba la quitinosa epidermis de su cuerpo de insecto. Al fin, Glya dio su aprobación.

—Ya está bien —dijo—. Vamos a transportarlo hasta mi coche.

Cuando el Sfinx hubo sido depositado en el asiento posterior del vehículo, pensé que iba a devolver la primera papilla. Al cabo, después de unas cuantas aspiraciones y ejercicios de diafragma, logré volver el estómago a su sitió de costumbre.

Antes de embarcar en el vehículo, sin embargo, dije a Glya que esperase unos momentos.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió, llena de curiosidad.

—Aguarda un momento —contesté.

Regresé a la fábrica y busqué un hilo conductor, en la parte próxima a un interruptor de la luz. Con la parte cortante de unos alicates, quité el aislante y junté los hilos. Luego di media vuelta al interruptor.

Un seco chispazo brotó de los hilos al producirse el cortocircuito. De inmediato, el aislante empezó a humear. Permanecí unos momentos contemplando los progresos de mi obra y luego, cuando estuve seguro de que ya no había mano humana que pudiese detener aquello, regresé al coche.

—Dentro de media hora —manifesté—, esa condenada fábrica va a estar ardiendo por los cuatro costados.

Glya frunció el ceño.

—Bueno, ya está hecho —fue todo su comentario.

Puso en marcha el coche y partimos de allí a toda velocidad.

De cuando en cuando, sintiéndome invadido por una morbosa curiosidad, me volvía para ver al monstruo. Y no pude por menos que preguntarme cuál sería su reacción al despertar del letargo en que se hallaba sumido.

Preferí no imaginármelo. Era mejor esperar que los acontecimientos siguieran su curso normal… si es que podía llamarse normal lo que estaba sucediendo.

CAPÍTULO XI


as chicas no me habían dicho la verdad cuando dijeron que la casa había sido alquilada el día anterior. Debía de hacer ya algún tiempo que Glya la tenía contratada, porque esta vez nos dirigimos a otra habitación llena de aparatos e instrumentos cuya utilidad, al menos para mí, resultaba completamente indescifrable. Era obvio que los aparatos habían sido transportados desde Betelgeuse y su colocación y montaje no parecían cosas de haberse realizado en un día.

El Sfinx fue colocado sobre una mesa parecida a la de operaciones de un quirófano, en donde quedó sólidamente amarrado. Luego, Glya movió una ruedecilla y el plano de la mesa se inclinó hacia adelante, quedando en un ángulo de 30.º. Al terminar, se inclinó sobre el Sfinx y durante unos segundos lo examinó atentamente.

—Tardará al menos un par de horas en despertar. Vamos a tomar un poco de café.

Descubrí un visófono en un rincón de lo que llamaré laboratorio a partir de ahora.

—Pero antes llamaremos a Vega —dije. Marqué el número del hotel y cuando Vega estuvo despierta, le dije, sin precisar más detalles, que se viniera con toda urgencia a la casa. Antes de que pudiera contestarme, cerré la comunicación.

Me pareció que mi gesto no había sido muy del agrado de Glya, pero ya estaba hecho. Además, las dos chicas obraban juntas. ¿Era que iban a sentirse mutuamente celosas? En tal caso, mi orgullo masculino habría sentido un gran impulso, pero como no se trataba de halagar mi vanidad, sino de descubrir la bomba y a los Sfinx, era preciso dejar a un lado personalismos particulares.

Glya hizo rápidamente café y tomamos un par de tazas, junto con algunas pastas. Al concluir, ya empezaba a amanecer. Entonces oímos la llamada de Vega.

Fui a abrir la puerta y sonreí. Desde luego, la chica no poseía la radiante y, al mismo tiempo, serena belleza de Glya, pero estaba como para comérsela. De verdad, esta vez sí que contesté el beso que ella me arreó con todas mis fuerzas.

Glya contempló con gesto sombrío nuestras efusiones. Vega reparó en ella al dejar de abrazarme.

—Oh, Glya, estás ahí —dijo.

—Eso parece —contestó secamente la morena.

—Muy bien —exclamó Vega—. ¿Puede saberse qué es lo que ocurre ahora?

—Hemos capturado a un Sfinx —expresó Glya con voz glacial.

—¡Un Sfinx! —exclamó Vega, llena de sorpresa—. Pero ¡es magnífico! Ralph, cariño, ¿cómo lo habéis conseguido?

—Eso no tiene importancia ahora, vidita —contesté—. Lo hicimos y es suficiente. Vamos.

Volvimos al laboratorio. Vega exhaló un tenue silbido de asombro al ver al monstruo amarrado al tablero de la mesa.

—¿Vas a interrogarlo ahora? —preguntó.

—Claro. Estábamos esperándote —contestó Glya.

—Entiendo. —Vega dio la vuelta a la mesa, contemplando al prisionero con toda atención—. En su mundo sería considerado como una belleza.

—¿Es una «mujer»? —pregunté.

—No exactamente —respondió Vega—. Los Sfinx son trisexuados y ovíparos. Después del apareamiento, sólo uno de los tres que se unen pone los huevos de los que nacerán sus descendientes, pero ninguno de ellos sabe cuál es hasta pasados seis meses terrestres. El desarrollo y puesta de los huevos dura un año más y luego se requiere un período de incubación que podríamos decir, dura entre los diez y doce meses.

—De modo que éste puede ser macho, hembra o ni lo uno ni lo otro —dije, intentando hacer la gracia.

—La expresión no es correcta —contestó Vega—. Todos son a la vez macho y hembra…

—Creo que éste es un tema que ahora importa muy poco —atajó Glya en tono seco—. Nos hace perder tiempo y nos desvía del asunto principal, que es el interrogatorio del Sfinx.

—Pero está dormido —objeté.

—Lo despertaré —afirmó Glya, empezando a manipular en un banco de trabajo repleto de frascos y redomas de vidrio de todas las formas.

—Esto parece que se va a prolongar un poco —dijo Vega—. Si os parece, traeré café.

—Una buena idea —aprobé.

Vega se marchó y yo me quedé junto a Glya, observando su forma de trabajar. Al cabo de unos minutos, obtuvo un cuarto de litro de un líquido color esmeralda, que vertió en un aparatito semejante a un pulverizador.

Vega trajo el café y llenó las tazas. Tomamos unos sorbos y, acto seguido, Glya arrojó el líquido, pulverizado sobre el rostro del Sfinx.

Transcurrió un minuto. El Sfinx empezó a removerse. No tenía párpados, de modo que, aparentemente, resultaba imposible saber si estaba despierto o dormido. Pero, súbitamente, el brillo de sus pupilas facetadas se acentuó. Esto nos dijo que había recobrado el conocimiento.

Su boca se abrió y cerró rapidísimamente varias veces, emitiendo unos sonidos crispantes que ponían los nervios de punta, al mismo tiempo que sus antenas vibraban de una forma que a mí me pareció colérica.

—¿Dice algo? —pregunté.

—Sí —tradujo Vega—. Reclama su libertad y asegura que si no

lo hacemos nos causará los mayores males.

—Vaya, es lo menos que podía esperarse. ¿Y por qué no adopta la forma de Rosa Trevor?

Esta vez fue Glya quien me dio la respuesta.

—Sabe que si lo hiciera, volvería a anestesiarle y entonces perdería de nuevo su forma terrestre.

—Puede ser una explicación —admití—. Pero si yo fuera el Sfinx tomaría la forma de un león y empezaría a bocados con todos vosotros, liquidándoos en pocos minutos.

—No tendría tiempo de abrir la boca siquiera. Él lo sabe, de modo que por eso continúa con su configuración habitual. Y ahora, vamos a proceder al interrogatorio. Ayúdame, Vega.

—Desde luego, Glya.

Las dos jóvenes se dirigieron hacia un aparato que parecía la pantalla de un radioscopio, montado sobre ruedas, y lo acercaron a la cabecera de la mesa. Varios cables partían del aparato y terminaban en lo que aparentaba ser abrazaderas de un metal flexible. Sin necesidad de que me lo dijeran, comprendí que se trataba de un novísimo detector de la verdad.

Las dos chicas empezaron a conectar los cables a la cabeza y a los miembros articulados de los Sfinx. Al cabo de unos momentos, el aparato quedó listo.

—Bueno —exclamó Glya, satisfecha—. Ahora vamos a ver si este tipo quiere o no contestarnos. Conecta, Vega.

Vega movió una llave y la pantalla se iluminó bruscamente con una luz tenue, de tonos verdosos. El cuerpo del Sfinx sufrió un estremecimiento.

Glya se inclinó sobre el monstruo.

—¿Dónde habéis escondido la bomba-madre? —preguntó.

El monstruo contestó algo que me resultó totalmente ininteligible.

Una serie de figuras geométricas apareció de pronto en la pantalla, destellando con vivos colores escarlata. Eran puntos, rayas, triángulos, círculos, cuadrados, que aparecían y desaparecían en fracciones de segundo. Su tamaño no pasaba nunca de los cinco centímetros y no se repetían, al menos en el mismo orden, casi nunca.

—¿Qué dice ese pajarraco? —pregunté, sumamente intrigado.

—Con buenas palabras, pero que en su idioma suenan pésimamente, nos envía al diablo —contestó Vega.

Glya insistió en su pregunta. Súbitamente, la joven se acercó a uno de los costados del aparato y movió uno de sus controles.

El Sfinx se retorció como un poseso, de tal modo que por un momento llegué a creer que iba a romper sus ataduras. Durante un minuto largo Glya mantuvo el control en la misma posición y luego lo volvió a su situación primitiva, repitiendo la pregunta acto seguido.

Esta vez, el tono escarlata de los signos que habían aparecido en la pantalla fue menos vivo, lo cual me dijo que el Sfinx empezaba a aflojar.

—Aun así, resiste —dijo Glya.

—Es capaz de permitir que lo electrocutes antes de delatar el lugar donde está la bomba —apuntó Vega.

—Posiblemente —convino Glya—. De todas formas, voy a soltarle otra descarga.

El color de los signos era ahora de un rosa fuerte. Cuando terminó la descarga, las pupilas facetadas del Sfinx se habían teñido de un suave color verdoso-amarillento, perdiendo su habitual brillo diamantino. Estaba visto que el monstruo hablaría en pocos minutos más. El color de los signos que aparecían en la pantalla eran ya de un rosa pálido. Un par de descargas más y terminaría por rendirse.

Después de recibir la cuarta o quinta respuesta negativa. Glya se aproximó, una vez más, a la pantalla. Entonces, al manejar el interruptor se produjo un estallido de luz, al mismo tiempo que sonaba un fuerte chasquido.

Al producirse aquel fenómeno, Glya y Vega chillaron a la vez. Yo me asusté bastante, la verdad, sobre todo cuando vi que la pantalla de vidrio estallaba, rompiéndose en mil pedazos.

Un terrible sonido brotó de los labios del Sfinx encadenado a la mesa. Retrocedí espantado, mientras contemplaba la horrenda transformación que se operaba en su cuerpo.

El color verde habitual de su epidermis quitinosa empezó a oscurecerse, al mismo tiempo que perdía su brillo. En menos de un minuto adquirió la apariencia de una masa de carbón de más de dos metros de largo, la cual empezó a deshacerse en un apestoso polvillo que se desparramó por todas partes.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, mientras retrocedía, lleno de repugnancia.

—No lo sé —contestó Glya, desconcertada. De pronto, antes de que pudiéramos hallar las causas de tan extraño fenómeno, se oyó un penetrante alarido.

—¡La policía! —gritó Vega—. ¡Viene hacia aquí!

Glya y yo nos miramos consternados. De pronto, la joven saltó hacia un cuadro de instrumentos que había adosado a una de las paredes del laboratorio y movió rápidamente unas cuantas palancas.

—Vámonos —gritó—. Seguidme.

—Pero… —objeté—, la puerta…

—No te preocupes. Vega, date prisa o nos atraparán.

Glya echó a correr delante de nosotros. Abandonamos el laboratorio, cruzamos dos habitaciones más y pasamos a otra, en cuyo centro pude divisar la trampilla de acceso a un sótano.

En el mismo momento sonó una terrible detonación que conmovió la casa hasta los cimientos.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté a gritos.

Una pared se derrumbó, al mismo tiempo que un chorro de llamas brotaba con tal ímpetu que casi estuvo a punto de chamuscarnos.

—¡He destruido el laboratorio! —contestó Glya mientras bajaba con toda rapidez los escalones.

Vega y yo la seguimos de inmediato, hallándonos a poco en un túnel de bóveda semicircular que corría en pendiente descendente. Detrás de nosotros se oían ruidos y explosiones de todos los calibres, mientras el suelo temblaba como sacudido por un terremoto. Glya llevaba en las manos una pequeña linterna, con la cual alumbraba el camino.

De pronto, una bocanada de aire húmedo y fétido nos asaltó. Glya se volvió hacia nosotros.

—Vamos hacia una gran cloaca. Antes de que la policía pueda hallar la entrada al sótano, si es que no queda cubierta por los escombros de la casa, habrá pasado bastante tiempo.

Moví la cabeza en señal de asentimiento. Cien metros más allá, el túnel desembocaba en otro varias veces mayor y con numerosas lámparas pendientes de la bóveda. Por el centro corría un río de

aguas negras y pestilentes.

La cloaca nos permitió escapar de la policía. Por pura precaución, sin embargo, decidimos alojarnos en otro hotel distinto. Apenas acomodados, Glya se marchó, diciendo que tenía que hacer.

—Volveré en un día o dos —dijo. Y se fue.

CAPÍTULO XII


e paró Vega delante de mí y puso sus manos sobre mi pecho.

—Deja ya de caminar como una fiera enjaulada. ¿Por qué te preocupas tanto por Glya?

—Es que…

—Vas a hacerme coger celos —sonrió dulcemente la chica—. Es muy guapa, más que yo, ¿sabes?

—No digas tonterías —refunfuñé—. Dijo un día… y ya son cuatro.

—Bueno, ya volverá. También yo volví, ¿no lo recuerdas? Glya es de las que saben cuidarse bien.

—Es que, verás, me preocupa que le haya podido suceder lo mismo que a la pobre Rosa Trevor.

—Rosa ignoraba la existencia de los Sfinx —alegó Vega—. Para ellos resultó una presa fácil.

—A pesar de todo… me gustaría salir a buscarla —rezongué.

—¿Y por dónde? La ciudad es muy grande, Ralph. Aparte de que no sabemos si está o no en ella.

—Te diré la verdad, Vega. No es por Glya en sí, sino porque no puedo estarme quieto. Francamente, me enerva esta inacción. Si no hago algo, acabaré por estallar. Cuatro días de encierro es más de lo que un hombre puede soportar, te lo digo con toda sinceridad.

Vega pareció considerar mis palabras.

—Muy bien. Ve a dar una vuelta. —Miró su reloj—. Son las dos de la tarde. Vuelve al oscurecer.

Apoyé mis manos en su talle.

—Todavía no estamos casados… ¿y ya me mandas?

Vega se colgó de mi cuello y pegó su mejilla a la mía.

—Es que te quiero tanto… —Se estremeció—. Si te ocurriera algo, no sé qué me pasaría a mí, Ralph.

Me sentía atónito ante la intensidad del amor que me demostraba la muchacha. Ello me conmovió notablemente y me hizo pensar que, a fin de cuentas, Vega era una chica excelente para que un solterón maduro como yo, bordeando ya la cuarentena, empezase a pensar en la vida tranquila y apacible del hogar. La besé suavemente en los labios.

—Estaré aquí al oscurecer —prometí.

La verdad, cuando salí a la calle, no sabía qué hacer. Ciudad Capital, más que una metrópoli, es un conjunto urbano que bien podría definirse como Megalópolis, algo tan grande que la Nueva York del siglo XX a su lado parecería una aldea. La altura media de sus edificios era de trescientos metros, lo cual significaba que había muchísimos que alcanzaban y aun rebasaban los quinientos metros. Muchas de las calles estaban cubiertas por los distintos niveles de tránsito que, apoyados en los muros de los edificios, servían para la circulación. Puentes atrevidísimos, pasarelas que saltaban de casa en casa a alturas espeluznantes, carreteras suspendidas, los bordes de las cuales eran aceras deslizantes destinadas a los peatones, todo ello indicaba el grado de civilización a que habíamos llegado, además de imponer y abrumar con su grandiosidad. Los coches circulaban a velocidades exorbitantes por niveles que nunca se cruzaban directamente, sino que pasaban los unos por encima de los otros, uniéndose por ramales secundarios que ganaban o perdían altura, según los casos. En resumen, era una monstruosa ciudad que

albergaba en su seno a más de treinta millones de habitantes. Vivir allí era poco menos que una locura y ya no digamos buscar a una persona cuyo paradero se ignoraba por completo. Si la policía, con todos los medios a su disposición, no había conseguido hallarnos, ¿cómo lo iba a lograr yo, caminando al albur y sin tener la menor idea de dónde podía hallarse Glya?

Durante largo rato anduve de un lado para otro, sin rumbo, cambiando de nivel cada vez que me parecía bien. De pronto, me detuve ante el escaparate de una joyería.

Junto con mi documentación, que, lógicamente, no debía abandonar nunca, llevaba un talonario personal de bonos monetarios, canjeables en cualquier parte. Vi un anillo que me gustó sobremanera y empecé a considerar la posibilidad de ofrecérselo a Vega.

En aquel momento, cuando me disponía a entrar en la joyería, intervino la fatalidad. Una pesada mano se apoyó en mi hombro, al mismo tiempo que oía una voz bronca:

—Perdón. Creo que tengo el honor de hablar con el señor Ralph Preston, observador espacial, ¿no es así?

* * *

Un escalofrío recorrió mi cuerpo de la nuca a los pies. Lentamente, me volví, hallándome frente a un sujeto que yo conocía demasiado bien por haberlo tratado con frecuencia.

—Sí —sonrió el capitán Federzano, de las Patrullas del Espacio—, es Ralph Preston. Y si no me equivoco —añadió—, en este momento debiera hallarse en el observatorio. ¿Por qué lo ha abandonado?

Federzano era un gigantón de más de dos metros de altura. Aun en un mundo donde el término medio de la estatura humana era de un metro ochenta y, por lo tanto, los hombres de dos metros ya no hacían volver la cabeza, el capitán Federzano habría sido capaz de destacar fácilmente entre una muchedumbre de personas altas y es obvio señalar que su fuerza física corría pareja con su descomunal estatura. Por lo tanto, aunque yo medía un metro noventa, en una lucha personal con él habría resultado indefectiblemente derrotado.

—Vamos, señor Preston —sonrió Federzano con la expresión de

un lobo hambriento que acaba de cazar un conejo tierno—, ¿por qué no se explica usted?

—No me entendería, capitán —dije—. Lo único que le pido es…

—… precisamente lo que no puedo concederle, Preston —dijo Federzano, perdiendo súbitamente la sonrisa—. Si no me engaño, quiere que le deje marchar, ¿no es así? Pero usted sabe que, aun no estando en vuelo por el espacio, un oficial de las Patrullas está continuamente de servicio… ¡y además, no puedo consentir que un observador espacial abandone su estación sin el debido relevo! Que yo sepa —concluyó—, usted relevó a Stone, pero no ha sido relevado.

En aquel momento, maldije mis ansias de vagabundear y, más todavía, el impulso que me había hecho detenerme ante la joyería. Miré a derecha e izquierda, como buscando algún medio de escapar, pero Federzano pareció adivinar la intención, porque su mano derecha se cerró en torno a mi brazo con la sólida ayuda de unas mordazas de acero.

—¡Ah, eso sí que no, amiguito! —exclamó—. Su delito es muy grave, Preston. Imagínese que una de mis patrullas tiene necesidad de aterrizar en su estación por algún motivo de verdadera precisión y no le encuentra. ¿Qué sucedería entonces? Francamente, no siento el menor deseo de que alguno de mis hombres muera sólo porque usted haya sentido el deseo de darse una vueltecita por la Tierra. Si no hacemos un escarmiento con usted, pronto cundirá el ejemplo entre los demás observadores y esto hay que evitarlo.

Traté de suplicarle, aunque harto me daba cuenta de que Federzano no se dejaría conmover por mis ruegos.

—Capitán, sólo le pido…

—No me pida nada —cortó broncamente Federzano. Tiró de mi brazo—. Ya tendrá tiempo de explicarse cuando le juzguen. —En aquel momento pasó un coche patrulla por nuestro lado y levantó la mano—. ¡Eh, policías!

El vehículo se detuvo en el acto y dos agentes uniformados saltaron al suelo.

—¿Qué ocurre? —preguntó uno de ellos, con galones de cabo.

—Soy el capitán Federzano, de las Patrullas del Espacio —declaró mi captor—. Este individuo es Ralph Preston, observador espacial, que sin motivos justificados ha abandonado su estación.

Les pido, en nombre de la ley, que lo detengan y lo conduzcan arrestado a la próxima comisaría, hasta que la Jefatura de Astropatrullas se encargue de él.

—Sí, capitán —contestó el cabo. Y unos segundos después, dos esposas de bruñido acero ceñían mis muñecas.

Miré sin odio a Federzano.

—Capitán, usted no me ha dejado explicarme y quiera Dios que no tenga que lamentarlo algún día.

Los ojos del oficial centellearon duramente.

—Lo único que deseo es que no les ocurra nada a ninguno de mis hombres en las inmediaciones de la estación que se supone debía estar a su cargo, porque de lo contrario, le buscaré donde esté para patearle las tripas. ¡Llévenselo!

Los policías me empujaron hacia el coche. Me dejé llevar, maldiciendo mi mala suerte e insultándome en mi interior por no haber seguido los consejos de Vega. Sería inútil que explicase la historia de los Sfinx; incluso ello no serviría sino para poner una camisa de fuerza en torno a mi anatomía. En fin, que, hablando con claridad, mi suerte estaba echada.

Los policías me condujeron a una comisaría, donde, por lo menos, el jefe de guardia tuvo ciertas consideraciones conmigo y no me alojó con los delincuentes habituales, sino en un calabozo aislado, dado que yo estaba sujeto, por la clase específica de mi delito, a una ley especial. Una vez en mi encierro, el jefe de guardia me dijo que podía llamar a mi abogado, a lo que respondí que ya me lo pensaría mejor.

El oficial se marchó, dejándome solo y entregado a mis amargos pensamientos. No me cabía la menor duda de que darían aviso a la Jefatura de mi servicio, en donde inmediatamente sería convocado un tribunal, cuya sentencia no era difícil adivinar: diez años de cárcel por lo menos y pérdida de mis derechos de retiro. Un encantador panorama, ahora que llegaba para mí la hora de disfrutar tranquilamente de la vida.

Pasaron unas cuantas horas. Llegó la noche y me sirvieron la cena, que en medio de todo, comí, puesto que de nada servía quedarme sin alimento. Me imaginé fácilmente el dolor que sentiría Vega al comprobar mi ausencia, pero no quería indicar su nombre por no delatarla. Quizá ella, en unión de Glya, acabase terminando

la labor que yo había puesto en tan grave riesgo con mi imprudencia.

A medianoche, cuando más dormido estaba, oí que se abría la puerta de mi celda. Me senté en el camastro, viendo al oficial, acompañado de dos o tres sujetos de uniforme.

—¿Señor Preston? —dijo el policía.

—¿Qué hay, oficial? —pregunté en tono natural, procurando dominar el temblorcillo de mis piernas.

—Está usted libre. —El oficial sonrió—. Me alegra darle personalmente esta noticia tan agradable.

Abrí una boca como la de un pozo.

—¡Libre! —repetí estúpidamente.

—Así es, señor Preston. Parece ser que todo se debe a una infortunada coincidencia, tanto de nombres como de fisonomía. Pero hemos recibido una comunicación de la Jefatura del Servicio de Observación Espacial en la que se nos informa que la estación de Io está atendida por el auténtico Ralph Preston, es decir, por el Ralph Preston que es observador espacial. Por lo tanto, su detención carece de objeto. ¿Quiere acompañarme?

—Con mucho gusto —repetí. ¡Qué idea tan excelente había tenido Vega al dejar a Federico en mi lugar!

Seguí a los policías hasta el piso superior. Allí, el oficial me entregó mis pertenencias, pidiéndome cortésmente toda clase de excusas por el trato infligido involuntariamente. Me despedí de él y salí a la calle, respirando a pleno pulmón el aire de la libertad.

Caminé unos cuantos pasos, buscando un visófono desde el cual comunicar a Vega lo que me había sucedido. De pronto vi que se detenía un coche junto a la acera.

—¿Señor Preston? —Era un policía de uniforme.

—Diga, agente —contesté, lleno de curiosidad.

—El oficial de servicio nos ruega le disculpe. Olvidó ofrecerle un coche para que lo lleve hasta su alojamiento. ¿Quiere subir, por favor?

—Con mucho gusto —contesté.

El agente abrió la portezuela posterior y yo penetré en el vehículo. Inmediatamente, arrancó el coche, mientras yo me sentía tremendamente jubiloso por el buen final de mi aventura. Claro que luego tendría que explicarme con Vega, pero estimaba que con un

par de buenos besos, acabaría por desarrugar su ceño.

Entretenido en mis pensamientos, hasta que hubo pasado un buen rato, no me di cuenta de que el coche no seguía la dirección que yo había indicado al conductor. Entonces advertí que el asiento delantero estaba separado del posterior por una mampara de vidrio transparente.

Un sudor frío inundó repentinamente mi cuerpo. Me lancé hacia delante, golpeando el cristal con los dos puños, pero antes de que hubiera repetido el golpe sentí que un gas dulzón se expandía por el ambiente.

Traté de contener la respiración, pero ya había tragado la primera bocanada de gas anestésico. Por otra parte, el gas debía de ser de efectos casi fulminantes porque a los pocos segundos sentí que me derrumbaba sobre el suelo del vehículo.

Antes de dormirme, un aterrador pensamiento perforó mi imaginación con la devastadora fuerza de un rayo.

¡Estaba en poder de los Sfinx!

Capítulo XIII



uando desperté y me di cuenta de que recobraba el conocimiento, permanecí unos minutos quieto, tanto para terminar de despejarme, como para poder darme cuenta de lo que sucedía a mi alrededor.

Cuando menos tenía algo que agradecerles a los Sfinx, y era que el anestésico no me había producido ningún efecto secundario al despertarme. Volví a la normalidad como si acabara de echar un sueñecito, aunque pronto pude percatarme de que me resultaría imposible saber el tiempo que había transcurrido desde que caí en la inconsciencia. No tardaría en conocer las consecuencias de aquel atropello.

Pude notar que estaba tendido sobre una tabla rígida, a la cual me hallaba sujeto por unas abrazaderas metálicas que ceñían mis muñecas y tobillos, y la otra, más ancha y de mayor diámetro, que me rodeaba la cintura por completo, lo cual me reducía a un estado de casi completa inmovilidad.

Dejé pasar unos minutos más y al cabo abrí los ojos. Moví ligeramente la cabeza, dándome cuenta que estaba en una vasta habitación, repleta de aparatos de todas clases, cuyas formas y utilidad se me antojaron absolutamente incomprensibles. Pero la idea de que los Sfinx se proponían hacer conmigo algo que no sería nada bueno hizo que mi frente en el acto se cubriera de gotas de sudor.

Pude notar también que había varias personas moviéndose por la estancia. Su aspecto era enteramente terrestre, aunque no entendía la lengua en que conversaban. Eran muy activos y se movían con singular rapidez, de tal modo que un humano auténtico se habría sentido indefectiblemente fatigado a los pocos momentos. Sin embargo, ellos no parecían sentir el menor cansancio y continuaban yendo y viniendo con movimiento casi relampagueantes.

Uno de ellos me vio de pronto y dijo algo en su cloqueante idioma.

Los demás se volvieron en el acto. Un Sfinx sonrió torcidamente.

—Ah —exclamó en lenguaje completamente inteligible—, ya se ha despertado nuestro buen amigo Ralph Preston. ¿Cómo se encuentra?

—Mal —contesté secamente—. ¿Por qué no me sueltan?

El Sfinx se me acercó con paso normal.

—Señor Preston, su solicitud es perfectamente absurda. No supondrá que le hemos traído aquí solamente para que descabece un sueñecito, ¿verdad?

—Bueno, algo de eso ya me imagino, pero les pido que lo que tengan que hacer conmigo, lo hagan con la mayor rapidez y luego me suelten. ¿Es demasiado pedir?

El Sfinx soltó una risita enteramente humana.

—Su sentido del humor es encomiable, señor Preston —respondió—. Es posible que le soltemos, en efecto, pero no antes de que hayamos logrado de usted lo que fácilmente puede suponerse.

Apreté los labios.

—No conseguirán hacerme hablar —les desafié.

—¿De veras? —La sonrisa del Sfinx era aparentemente bonachona, pero infundía pavor. Movió el brazo, indicando los instrumentos que había en la estancia—. Poseemos aparatos capaces

de hacer soltar la lengua a los más reacios. ¿Querrá hablar *motu propio* o prefiere que soltemos su lengua?

—Apuesto a que quieren que les diga dónde están las chicas.

—Exactamente.

Una sonrisa distendió mis labios.

—Eso significa: a), que no saben dónde están; y b), que les tienen un miedo espantoso.

El rostro del Sfinx se desfiguró. Mis palabras habían dado en la diana.

—¡No importa! —rugió, lívido de ira—. Preston, tiene usted que decirnos dónde están. Es vital para nosotros.

—Oiga —repliqué con un desparpajo que me asombró a mí mismo—. ¿Y qué cree usted que nos pasa a nosotros? ¿Piensa acaso que no es vital para nosotros destruir su maldita bomba?

—¡No lo conseguirán! —chilló el Sfinx—. ¡La Tierra, el Sol y todo este condenado sistema arderán como una cerilla! ¡Y todos ustedes perecerán!

—Entonces —respondí—, puesto que voy a morir de todas formas, lo mismo da hacerlo ahora que dentro de un par de meses. Adelante, saltamontes.

Mi insulto pareció enfurecer aún más al exaltado Sfinx.

—¡Queremos que hable, Preston! —chilló—. Tiene que decirnos dónde están esas dos mujeres, ¿lo oye?

—Perfectamente. No soy sordo, pero si sigue gritando así, me romperá los tímpanos y entonces tendrá que hacerme las preguntas por escrito.

Aquellas frases parecieron colmar la ira del Sfinx.

—¡Conteste! —aulló. Y de repente, de un modo que a mí mismo me dejó estupefacto, perdió su forma humana y recobró la suya natural. Las palabras que iba a pronunciar a continuación de la anterior se transformaron en un chirriante cloqueo.

El Sfinx se calló. Luego forzó la tensión de su mente y recobró su forma humana.

—Eh, oiga —dije—. Lo ha hecho mal. Le han salido tres ojos en lugar de dos. Así no puede salir a la calle; correría el riesgo de ir a parar a un circo de fenómenos.

El Sfinx se tocó la cara.

—¡Es mentira! —vociferó. Y, por segunda vez, volvió a perder su

forma humana.

Entonces me di cuenta de que su ira era tan grande que le impedía mantener la tensión mental sobre las moléculas y átomos de su cuerpo. Aun en su forma natural, la cólera que sentía era tan enorme, que le podía ver temblar de arriba abajo.

Uno de los Sfinx con forma humana se acercó a él y le dijo algo en su idioma. Mi interrogador contestó con un chaparrón de graznidos y luego, convencido al fin por los argumentos de su interlocutor, se retiró a un lado, completamente derrotado.

El Sfinx que había intervenido tenía forma de mujer, una todavía atractiva matrona de rostro apacibles y cuerpo rollizo. No cabía la menor duda de que aquellos monstruos sabían adoptar todas las clases de formas físicas que se ven en nuestro planeta.

—Señor Preston —dijo, en tono que pretendía ser persuasivo—, creo que mi compañero no ha sabido enfocar debidamente la cuestión y ha terminado perdiendo los estribos, después de un incidente que yo soy la primera en reprobar y lamentar. Comprendo su lealtad hacia esas dos muchachas, pero usted debiera comprender cuál es nuestra posición. ¿Por qué no se decide a hablar?

—Lo siento —contesté envaradamente—. Ya me imagino que, con todos esos cacharros, me harán pasar un mal rato, pero trataré de resistirlo. Pueden empezar cuando quieran.

—Nos disgustaría —dijo la matrona— tener que recurrir a lo que ustedes, los terrestres, llaman el tercer grado. Podemos llegar mejor a un acuerdo satisfactorio para ambos bandos, ¿no le parece?

—¿Qué clase de acuerdo? —inquirí suspicazmente.

—Usted nos dice dónde están las chicas. No les causaremos el menor daño, se lo prometo. A cambio de ello, nosotros nos encargaremos de devolverlas a su mundo. Y usted con ellas, librándose así del estallido que hará arder el Sistema Solar. Piénselo bien, señor Preston; es la vida, nada menos, lo que le ofrecemos.

Reflexioné durante unos momentos. Bien mirado, según en qué aspectos, los Sfinx no eran tan poderosos como creían. Dominaban su mente y, hasta cierto punto, podían influir algo en la de los demás, pero carecían del poder suficiente para forzar a un humano a hablar contra su voluntad. No sé si sabré explicarme bien, pero visto que pensaban recurrir a la tortura para arrancarme el

paradero de Vega y Glya, podía deducirse, sin temor a errar, que carecían del poder suficiente para penetrar en mi mente y sondearla a su gusto. A menos que empleasen alguna droga como la escopolamina o el bipentotal, que suprime casi totalmente las inhibiciones de la voluntad humana, tendrían que recurrir a medios físicos para arrancarme la verdad.

—¿Y bien, señor Preston? —inquirió el Sfinx con figura de matrona—. ¿Qué es lo que nos dice?

Lo miré fijamente durante unos segundos.

—Oiga —dije—, ¿cuánto tiempo he permanecido bajo los efectos de la anestesia?

Ella pareció sorprenderse de mi pregunta, pero dio la contestación requerida:

—Pocas horas. Ahora son las nueve de la mañana.

—Bien —dije—, había quedado en volver a mi alojamiento al oscurecer, es decir, hace catorce horas. Cuando ellas —no quise mencionar que ignoraba en absoluto el real paradero de Glya—, hayan visto que tardo demasiado en volver, ¿qué se imagina usted que harán? Comprenderán que he caído en sus manos y escaparán a todo correr. ¿Piensan que son tan tontas como para esperarles en un sitio en donde pueden ser atrapadas con la mayor facilidad del mundo?

El Sfinx pareció considerar mis palabras. Iba a hablar cuando, de pronto, exclamé vivamente:

—¡Mírelas, ahí las tiene!

El Sfinx se volvió rápidamente, pero al terminar el giro había recobrado nuevamente su forma habitual. Ello le hizo lanzar un terrible chillido de cólera, dándose cuenta que durante unos segundos había relajado su guardia mental.

Recobró nuevamente la forma de matrona. Pero ya su amabilidad había desaparecido.

—Está bien —dijo—. Señor Preston, hasta ahora hemos tenido con usted toda suerte de atenciones. A partir de este momento, vamos a proceder de otra manera y le aseguro que no va a ser divertido.

—¿De verdad? —me burlé—. Oiga, si siguen actuando con tan poca precaución, los descubrirán enseguida. Se ha convertido de nuevo en una dama de buen ver, pero olvidó transformarse las

piernas. ¡Míreselas! ¡Qué horror!

Una vez más, el Sfinx perdió su forma humana. Ahora me daba cuenta de que podía luchar contra ellos en su mismo terreno, distrayéndoles la atención y haciéndoles relajar la tensión mental. En vista de ello, el Sfinx se volvió hacia los otros y en su lenguaje les impartió una orden.

Los Sfinx abandonaron de una vez su configuración humana. Fruncí el ceño, dándome cuenta que la cosa iba ya de veras.

Empecé a sentir un frío espantoso en la epidermis. El Sfinx se inclinó sobre mí, haciendo tabletear siniestramente los cortantes artejos que había al final de su espina dorsal. Repentinamente se disolvió en un cegador relámpago.

Cerré los ojos, deslumbrado por el fogonazo. ¿Qué ocurría allí?

Vagamente oí unos gritos horribles, que taladraban los tímpanos y llegaban hasta lo más recóndito del cerebro. Me arriesgué a abrir los ojos y vi a Glya con una de sus pistolas radiantes, sujeta con ambas manos, barriendo implacablemente cuanto tenía a su alcance.

Los aparatos estallaban con fragor horrísono; las paredes se convertían en lava ardiente y las pocas maderas que allí había despedían llamas que ardían con calor insoportable. En unos pocos segundos, el laboratorio de los Sfinx quedó inutilizado por completo y ellos totalmente abrasados por las radiantes descargas de la pistola.

Al terminar su labor, Glya corrió ansiosamente hacia mí.

—¿Estás bien? —preguntó con avidez, pero con un ligero temblor en la voz.

—Sí —dije—. Pero ¿cómo…?

—Ya hace días que les seguía la pista con mi detector. Me costó mucho trabajo dar con este antro, pero al fin lo he hallado. —Soltó las argollas que todavía me sujetaban a la mesa y me incorporé, feliz y satisfecho de hallarme con vida—. Creo —concluyó ella—, que no he podido llegar en momento más oportuno.

—No lo sabes bien —contesté, frotándome las muñecas—. ¿Y Vega?

—Está bien. Hemos descubierto, por fin, el emplazamiento de la bomba.

Las palabras de Glya me dejaron atónito.

—Vámonos de aquí —gritó, tirando de mi mano—. Vámonos o arderemos con el laboratorio.

La seguí, todavía aturdido por las inesperadas palabras de Glya. Momentos después, montábamos en su coche y partíamos a toda velocidad. Mientras nos dirigíamos hacia el lugar donde estaba Vega, empecé a pensar.

CAPÍTULO XIV

o sé por qué, pero no sentí la menor extrañeza cuando Glya detuvo su coche al borde de la muralla de maleza con la que Vega había ocultado su astronave. Me pareció que fuese aquél el lugar más indicado para que las dos chicas se escondiesen de la enconada persecución de los Sfinx, por lo que me abstuve de formular el menor comentario al respecto.

Bajamos del coche, franqueamos la barrera de vegetación y entramos en el aparato. Vega se lanzó en mis brazos inmediatamente que me vio.

—¡Querido! —exclamó con ansiedad—. ¿Qué has estado haciendo durante este tiempo?

—Figúratelo —contesté de mala gana—. Si hubiera seguido tus consejos…

—Eso es lo que debiste hacer…

—Bueno —dijo Glya con aspereza no disimulada—, el caso es que la mayoría de los Sfinx están muertos y los pocos que aún

deben de quedar habrán huido y estarán desconcertados, por lo que ya no representan peligro para nosotros, aunque más adelante convendrá que los localicemos y destruyamos.

—Quizá tomen sus naves y escapen —sugirió Vega.

—Es posible —convino Glya con voz neutra.

—Bien —tercié yo en la conversación—, y ¿dónde está la bombita?

—Ven aquí —dijo Vega, conduciéndome ante lo que parecía ser una pantalla detectora. Movió un interruptor y la pantalla se iluminó casi de inmediato.

La pantalla estaba dividida en numerosos cuadritos mediante una red de finísimos trazos, semejante al cuadriculado de un mapa topográfico. En uno de los cuadritos pude distinguir un puntito luminoso, cuyo brillo oscilaba con alternativas regulares.

—De modo que ésa es la bomba —dije.

—Sí —contestó Vega muy satisfecha—. Las rayas del cuadriculado son las coordenadas que nos permitirán su localización exacta y el posterior desarme de su espoleta.

—Pero no está completada. La fábrica quedó destruida —argüí.

—La bomba-madre está completa —adujo Vega—. Si estallase, la Tierra quedaría destruida, aunque no el Sistema Solar, ya que los Sfinx no tuvieron tiempo de montar los aparatos de transmisión que hubieran provocado el estallido de las demás bombas.

—Entiendo —murmuré pensativamente—. De modo que nuestra labor, ahora, se reduce a localizar e inutilizar esa bomba y más adelante, sin prisas, las restantes.

—Así es —contestó Vega.

—Muy bien —dije. Me volví hacia Glya y le quité la pistola—. Creo que esto ya no te sirve para nada. Los Sfinx están en fuga, lo cual nos servirá de mucho para disfrutar de una luna de miel sin sobresaltos.

—No te entiendo —dijo Glya, sumamente desconcertada.

Pasé mi brazo por su esbelto talle.

—Pues está claro —dije—. Preciosa, tú y yo vamos a sacar una licencia de matrimonio hoy mismo y mañana…

Glya lanzó de pronto un grito horrible.

—¡Ralph! ¡Vega es una Sfinx!

Apreté el gatillo de la pistola y disolví el cuerpo del Sfinx en una

nube de apestoso humo. Luego tiré la pistola al suelo.

Ella se colgó de mi cuello, temblando como hoja sacudida por el vendaval.

—Ralph, Ralph… —decía con voz temblorosa.

Acaricié sus largos y sedosos cabellos negros.

—Cálmate —dije—. Todo ha pasado ya. El Sfinx más peligroso de todos, el que nos hubiera conducido a una trampa sin salida, ya está muerto. Ahora es cuando verdaderamente podemos decir que ha pasado el peligro.

Estrechamente abrazada, sentí contra mi pecho el trémulo latir de su seno.

—¡Dios mío! Ralph, ¿cómo pudiste averiguarlo? —preguntó.

—Empecé a pensar cuando veníamos hacia acá —dije—. Ella era la única que sabía que Rosa Trevor había sido muerta y que su forma había sido adoptada por un Sfinx. Es decir, tenía que ser la única que podía saberlo, ya que los demás Sfinx desconocían por completo que habíamos sometido a Rosa a examen para comprobar si era humana o no. Por otra parte, ¿quién si no ella podía haber avisado a la policía cuando escapamos a través de la cloaca? Estoy casi seguro de que no eran policías, sino Sfinx, como Sfinx fueron los que adoptaron esa forma cuando fui secuestrado y conducido a su escondrijo.

»Pero aún hay un par de detalles más que me hicieron entrar en sospechas. Ella me manifestaba amor constantemente, porque sabía que la auténtica Vega se había enamorado de mí, pero hubo una vez en que la besé con verdadero apasionamiento y noté que ella no correspondía como debiera de haberlo hecho caso de ser la legítima Vega. Entonces no reparé en el detalle, aunque más tarde, estableciendo la pertinente concatenación de los hechos, fue otro más de los que acentuaron mis sospechas. Y, por último, su relativa facilidad en hallar la fábrica. En resumen, no les importaba perder todos sus efectivos, con tal de que quedase uno que pudiera conseguir sus propósitos. Y ese Sfinx fue el que adoptó precisamente la forma de Vega.

—Pero ¿cómo conseguiste que relajase su tensión mental?

Emití una sonrisilla de superioridad.

—Querida, durante el tiempo que estuve en poder de los Sfinx aprendí muchas cosas acerca de su especial comportamiento

psicofísico. Pude darme cuenta de que un hecho insólito, en especial si no tiene relación con lo que se está discutiendo o haciendo en ese momento, les hace relajar su tensión mental y, en consecuencia, recobran su forma primitiva.

Glya sonrió maliciosamente.

—Y tú pensaste que el decirle que íbamos a casarnos era algo que le sorprendería por completo.

—Ciertamente. Si hubiera sido Vega, no habría pasado nada, excepto que habríamos tenido una escenita digamos preconyugal. Pero si mis sospechas se confirmaban, recibiría una sorpresa tan enorme, que su mente cesaría durante unos segundos en la presión sobre sus células y, en consecuencia, volvería a su forma natural. Eso es lo que ha sucedido —terminé.

Glya me contempló fijamente durante unos momentos.

—De modo que si Vega hubiera continuado existiendo, tú te habrías casado con ella.

Me rasqué la nuca.

—Hombre, era una buena chica —contesté evasivamente. De pronto sentí un profundo dolor en el pecho—. Siento verdaderamente su muerte, Glya.

—Me lo imagino —dijo ella.

—Bueno, pues esto ya se ha terminado —dije con melancolía—. Ahora, lo que queda por hacer es cosa tuya, Glya. Adiós… ¡y buena suerte!

Giré sobre mis talones.

—¡Espera!

La exclamación de Glya me hizo detenerme.

—Espera un momento, Ralph. Antes hablaste de una licencia de matrimonio.

Ella se colgó de mi cuello.

—Ya sé que apreciabas mucho a Vega y sé también que ella, esté donde esté, no se enfadará, antes bien, se alegrará de que tú y yo… ¿comprendes?

—Pero…

—¿Temes acaso que sea una Sfinx? ¿O es que Vega te parecía más bonita que yo?

—Eso, no. Tú eres muy hermosa.

—Entonces es que piensas que soy un Sfinx.

Vacilé un momento. Ella dijo:

—Escucha, vamos a casarnos lo más pronto posible, Ralph. Luego, nuestro viaje de bodas consistirá en ir localizando y desarmando las bombas que restan.

Pegó sus labios a mi oreja.

—Además, las chicas de Betelgeuse poseemos una extraña propiedad.

—¿Cuál es esa propiedad? —pregunté.

—Podemos adivinar lo que va a pasar en el término de un año.

—¿Y…?

Glya estalló en risas.

—¡Tonto! ¿Es que no lo comprendes? ¡Antes de que concluya el año habremos tenido un niño!





LA MISTERIOSA LLAMADA DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.



LUIS GARCÍA LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.